



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

— Sin embargo, Bruno, por deber de conciencia, en el momento de aventurarse en la Rusia caucásica creyó conveniente hacerle algunas observaciones. El holandés, después de haberle escuchado, le mandó condescender.

— Pues bien, señor — dijo Bruno — ¿por qué no abandonar al señor Keraban y al señor Ahmet, y que corran los dos solos, sin tregua ni descanso, á lo largo de ese mar Negro?

— ¡Dejarlos, Bruno — había respondido Van Mitten! — Dejarlos, si señor, dejarlos, después de deseárselos buen viaje.

— ¿Y quedarnos aquí?....

— Si, quedarnos aquí, con el fin de visitar tranquilamente el Cáucaso, puesto que nuestra mala estrella nos ha conducido aquí. Después de todo, estaríamos aquí mejor que en Constantinopla, al abrigo de las reclamaciones de la señora Van.....

— No pronuncieis ese nombre, Bruno.

— No lo pronunciaré, señor, por no desagradaros. Pero á ella únicamente debemos el habernos metido en semejante aventura. Correr día y noche en carruaje, verse expuesto á hundirse en los pantanos ó á tostarse en provincias en combustion, francamente, es demasiado, y pasa de demasiado. Os propongo que no disentaís eso con el señor Keraban (en lo que estaréis conforme), pero que le dejéis partir, previéndole, con una amable sonrisa, que ya le encontraréis en Constantinopla cuando volváis.

— Esto no es conveniente — respondió Van Mitten.

— Pero sería prudente — replicó Bruno.

— ¿Te encuentras decidido?

— Completamente decidido, y por otra parte, no sé si ya lo habréis apercibido, empiezo á adelgazar.

— ¡No mucho, Bruno, no mucho!

— Si, yo mismo lo siento, y si continuára con el mismo régimen, llegaría muy pronto al estado de esqueleto.

—¿Te has pesado, Bruno?
 —Quise pesarme en Kertsch — respondió Bruno — pero no encontré más que un pesacartas....
 —¿Y no fué suficiente? — respondió riéndose Van Mitten.
 —No, señor — respondió gravemente Bruno; — pero

antes de poco será suficiente para pesar á nuestro servidor. ¡Vamos, dejemos al señor Keraban continuar su camino!

Verdaderamente que aquella manera de viajar no gustaba á Van Mitten, buen hombre, de carácter apacible, y que no se apresuraba por nada. Pero el pe-



Los kothonnes son verdaderos pueblos ambulantes.

samiento de disgustar á su amigo Keraban, abandonándole, le fué tan desagradable, que rehusó solemnemente.

—No, Bruno, no — dijo — estoy convidado y....

—Un convidado — exclamó Bruno — un convidado al que se le obliga á andar seiscientas leguas en vez de una.

—¡No importa!

—Permitidme decir os que no tenéis razon, señor — replicó Bruno. — Os lo repito por décima vez. ¡No estamos todavía al final de nuestras miserias, y tengo el presentimiento que vos, tal vez más que nosotros, tendréis vuestra buena parte!

¿Los presentimientos de Bruno llegarían á realizarse? El porvenir se lo demostraría. Sea como fue-

se, con prevenir á su amo, habia cumplido su deber de fiel servidor, y puesto que Van Mitten estaba resuelto á continuar aquel viaje, tan absurdo como incómodo, no tenia que hacer más que seguirle.

Aquel camino del litoral costea casi invariablemente los contornos del mar Negro. Si se aleja algunas veces, por evitar un obstáculo del terreno ó dejar atrás algun pueblo, no es nunca más que por algunas verstas. Las últimas ramificaciones de la cadena del Cáucaso; que corta casi paralelamente la costa, vienen á morir en los confines de aquellas poco frecuentadas riberas. En el horizonte, hácia el Este, se dibuja, como un ariete de dientes desiguales que muerden al cielo, aquella eterna nevada cima.

Á la una de la tarde empezaron á costear la pe-

queña bahía de Zemas, á siete leguas de Kajewskaja, con el fin de llegar, ocho leguas más allá, al pueblo de Gelenschik.

Aquellos pueblos, como se ve, están poco alejados los unos de los otros.

En el litoral de los distritos del mar Negro se en-

cuentran, poco más ó ménos, á la distancia indicada; pero fuera de aquel conjunto de casas, ménos importantes algunas veces que un pueblecillo ó un caserío, el país se convierte casi en un desierto, y el comercio se efectúa la mayor parte de las veces por los cabotajes de la costa.



Apénas se molestaron para mirar aquellos viajeros.

Aquella faja de tierra, entre el pié de la montaña y el mar, es de un aspecto agradable. Aquella tierra sustenta multitud de árboles de diversas especies; tales son grupos de robles, tilos, nogales, castaños, plátanos, en donde los caprichosos sarmentos de la viña salvaje se entrelazan como las lianas de un bosque tropical. Sobre todo esto, ruiseñores y curruacas salen jugueteando de los campos de *axelias*, que solamente la Naturaleza ha sembrado sobre aquellos fértiles terrones.

Hacia el mediodía, los viajeros volvieron á encontrar una completa tribu de kalmouks nómadas, ó sean de los que se han dividido en *oulousers*, comprendiendo muchos khotonnes. Aquellos khotonnes son verdaderos pueblos ambulantes, compuestos de cier-

to número de kibitkas ó tiendas, que permiten situarse en cualquier sitio, ya sea en la estepa, ya en los verdes prados de los valles, ya en las orillas de algun río, á la voluntad de los jefes. Se sabe que aquellos kalmouks son de origen mongólico. En las regiones caucásicas eran muy numerosos ántes; pero las exigencias de la administración rusa, por no decir sus vejaciones, han provocado una numerosa emigración al Asia.

Los kalmouks han conservado costumbres aparte y un traje especial. Van Mitten anotó en su librito de memorias, que los hombres llevaban un ancho pantalón, botas marroquiles, una khalate, especie de bata muy ancha, y un bonete cuadrado, rodeado de una banda de tela forrada de piel de carnero. El traje para

las mujeres es, sobre poco más ó ménos, el mismo, excepto el cinturón, y además un gorro, del cual salen trenzas de cabellos, adornadas de cintas de color. Tocante á los niños, van casi desnudos, y en el invierno, para calentarse, se agazan en el atrio de la *ki-bitka*, durmiendo sobre las cenizas calientes.

Pequeños de estatura, pero robustos, excelentes jinetes, vivos, hábiles, astutos, alibentados con un poco de sopa de harina cocida en agua con pedazos de carne de caballo, son, sin embargo, muy barrachos, ladrones, ignorantes hasta el punto de no saber leer, supersticiosos en exceso, jugadores incorregibles: tales son aquellos nómadas que recorren incesantemente las estepas del Cáucaso. El carruaje atravesó uno de sus *kiotones*, sin causar casi ninguna admiración. Apenas se molestaron para mirar á aquellos viajeros, de los cuales, uno por lo ménos, los observaba con atención. Pueda ser que arrojarán envidiosas miradas á aquel rápido tren que galopaba sobre el camino. Pero, felizmente para el señor Keraban, permanecieron tranquilos. Los caballos pudieron llegar al próximo relevo sin inconveniente de ninguna clase.

El carruaje, después de haber costado la bahía de Zemas, encontró un camino estrechamente abierto entre los primeros contrafuertes de la cadena y del litoral; pero más allá, aquel camino se ensanchaba sensiblemente, y llegaba á ser algo más practicable.

Á las ocho de la noche llegaban al pueblo de *Gelendschik*. Relevaban, comían, y á las nueve volvían á partir, corriendo toda la noche bajo un cielo á veces nublado, á veces estrellado, y al ruido de la resaca de una costa azotada por los malos tiempos del equinoccio; al día siguiente, á las siete de la mañana, llegaban al pueblo de *Berjuwaja*; al mediodía, al de *Dschuba*; á las seis de la tarde, al pueblo de *Tenjinsk*; á media noche, al de *Nebugsk*; á la mañana siguiente, á las ocho, llegaban al pueblo de *Golowinsk*; á las once, al de *Lachowsk*, y dos horas después, al de *Ducha*.

Ahmet hubiera hecho muy mal en quejarse. El viaje tenía lugar sin accidentes, lo que le agradaba mucho, pero sin incidentes, lo que no dejaba de disgustar á Van Mitten. Su libro de memorias no se llenaba más que de fastidiosos nombres geográficos. Ni un resumen nuevo, ni una impresión digna de fijar para el porvenir.

En *Ducha*, la carroza debió detenerse dos horas, mientras que el maestro de postas iba por sus caballos, que se hallaban pastando.

— Pues bien — dijo Keraban — comamos tan confortablemente, y tanto, como lo permitan las circunstancias.

— Sí, comamos — respondió Van Mitten.

— ¡Y comamos bien, si es posible! — murmuró Bruno mirando su enflequecido vientre.

— Tal vez esta parada — repuso el holandés — pueda proporcionarnos algo imprevisto, y hacer ménos monótono nuestro viaje, como ha sucedido hasta aquí. ¿Cree que nuestro joven amigo nos permitirá respirar!.....

— Hasta la llegada de los caballos — respondió

Ahmet. — ¡Estamos ya en el noveno día del mes!

— ¡Hé aquí una respuesta como las que á mí me gustan! — replicó Keraban. — ¡Veamos lo que hay de comer!

La posada de *Ducha* no parecía de ser una medianía en su género, situada en la pequeña ribera de *Milaynta*, que corre torrencialmente por los contrafuertes cercanos.

Aquel pueblo se parecía mucho á las aldeas cosacas, que llevan el nombre de *stanisti*, con empalizadas y puertas, en las que domina una torrecilla cuadrada, donde vigilan noche y día constantes centinelas. Las casas, de altos techos de paja, con paredes de madera y arcilla, abrigadas á la sombra de hermosos árboles, alojan á una población, si no demasiado aliçada, por lo ménos de una posición superior á la de la indígena.

Por otra parte, los cosacos han perdido casi por completo su originalidad nativa, con el incesante contacto de los rúales de la Rusia oriental. Pero son lo mismo que ántes, bravos, hábiles, vigilantes, guardianes excelentes para las líneas militares confiadas á su cargo, y pasan, con razón, por los primeros jinetes del mundo, tanto en sus persecuciones á los montañeses, cuya rebelión se halla en estado crónico, como en las justas ó torneos, en que se muestran jinetes de primer órden.

Aquellos indígenas pertenecen á una buena raza, conocida por su elegancia, por la belleza de sus formas, pero no por su traje, que se confunde casi con el del montañés caucásico. Sin embargo, bajo el alto casquete de piel, es fácil encontrar las enérgicas facciones, que una espesa barba cubre hasta los pómulos.

Cuando el señor Keraban, Ahmet y Van Mitten se sentaron á la mesa de la posada, les sirvieron una comida cuyos elementos se habían adquirido del *donkhan* próximo, especie de tienda portátil en donde el *sulchichero*, el carnicero y el especiero se confunden á menudo y en una sola industria. Les dieron por asado, uno de esos pasteles de harina de maíz, salpicado de pedacitos de queso de búfalo, denominados *yatschapouri*, el inevitable plato nacional, el *hí-ni*, especie de tarta hecha de leche ácida; después, para bebida, algunas botellas de cerveza muy espesa, y frascos de *vodka*, aguardiente muy fuerte del que los rusos hacen un increíble consumo.

Francamente, no se podía exigir más de aquella pequeña posada perdida en los últimos confines del mar Negro, y con buen apetito, los convidados hicieron honor á aquella comida que variaba el ordinario de sus provisiones de viaje.

Acabada la comida, Ahmet abandonó la mesa, mientras que Bruno y Nizib se entretenían con su parte de pavo y las tortas nacionales. Siguiendo su costumbre, fué al relevo con el fin de apresurar la llegada de los caballos, decidido á decuplicar, si era necesario, los cinco *pepke* por versta y por caballo que los reglamentos conceden á los maestros de postas, eso sin contar con las propinas de los postillones.

Mientras que le aguardaban, el señor Keraban y

amigo Van Miten se situaron en una especie de gloria verde, donde el río bañaba á intervalos las musgosas estacas.

Aquella era la ocasión para entregarse al *dolce far niente* de aquel delicioso sueño al que los orientales dan el nombre de *kef*.

Ademas, el uso de los narghilés era preciso, como

complemento de una comida tan digna de ser convenientemente digerida. Asi es que las dos pipas se sacaron del carruaje y se las llevaron á los fumadores, que se acordaban con gusto de las dulzuras de aquel pasatiempo, al que debían su fortuna.

Llenaron de tabaco el depósito de los narghilés; se nos olvidaba decir que si el señor Keraban hizo re-



Tened siempre razon, amigo Keraban.

llenar el suyo de *tombeki*, de origen persa, siguiendo su invariable costumbre, Van Mitten, por no perder la suya, lo hizo con *tatakié* del Asia Menor.

Después, los pequeños hornillos se encendieron: los fumadores se extendieron en un banco, el uno cerca del otro; el largo tubo rodeado de un filete dorado y terminado por una boquilla de ámbar del Báltico, encontró sitio entre los labios de los amigos.

Bien pronto la atmósfera quedó saturada de aquel oloroso humo, que no llegaba á la boca, sin haber sido ántes delicadamente refrescado por el agua limpia del narghilé.

Durante algunos instantes, el señor Keraban y Van Mitten, entregados por completo á ese inefable

gozo que procura el narghilé, preferible al chibouk y al cigarro, permanecieron silenciosos, con los ojos entornados, y fija su indecisa mirada en aquellas volutas de humo que formaban un edredon aereo.

— ¡Ah! ¡hé aqui la verdadera y pura voluptuosidad — dijo el señor Keraban — y no encuentro nada mejor, para pasar una hora, en íntima conversacion con su narghilé!

— ¡Conversacion sin discusion — respondió Van Mitten — y que es muy agradable!

— Tambien — replicó Keraban — el Gobierno turco ha estado, como siempre, mal aconsejado imponiendo una contribucion al tabaco, que aumenta diez veces su precio. ¡Gracias á esta estúpida idea, el

uso del *marghilé* tienda poco á poco á desaparecer y terminará por desaparecer un día!

— ¡Sería una lástima, en efecto, amigo Keraban!

— En cuanto á mí, amigo Van Mitten, tengo tal predilección por el tabaco, que preferiría la muerte á renunciar á él. ¡Si, morir! ¡Y si yo hubiera vivido en tiempo de Amurat IV, aquel déspota que quiso prohibir su uso, bajo pena de muerte, hubieran visto rodar mi cabeza con la pipa en los labios!

— Pienso como vos, amigo Keraban — respondió el holandés, lanzando tres bocanadas de humo.

— ¡No tan deprisa, Van Mitten, por favor, no aspiréis tan deprisa! No, tenéis tiempo de saborear el humo y me hacéis el efecto de un gloton que se traga la comida sin masticarla.

— Tenéis siempre razón, amigo Keraban — respondió Van Mitten, que por nada del mundo hubiera querido turbar aquel dulce reposo con los efectos de una discusión.

— ¡Siempre, amigo Van Mitten!

— Lo que me extraña verdaderamente, amigo Keraban, es que nosotros, negociantes en tabacos, experimentemos tanto placer utilizando nuestra propia mercancía!

— ¿Y por qué no? — preguntó Keraban, que siempre estaba alerta.

— Porque si los pasteleros se cansan de los pasteles, y los confiteros de las confituras que fabrican; me parece que un negociante en tabacos debía tener horror al....

— Una sola observación, Van Mitten — respondió Keraban, — una sola, os lo ruego.

— ¿Cuál?

— ¿Habeis oído alguna vez que á un comerciante en vinos no le gusten los vinos que fabrica?

— ¡Ciertamente que no!

— Pues bien, comerciante de vino ó comerciante de tabacos es exactamente lo mismo.

— Sea — repuso el holandés. — La explicación que me habeis dado me parece excelente.

— Pero — repuso Keraban — puesto que parece que me buscáis disputa sobre ese punto....

— Yo no os busco disputa, amigo Keraban — respondió vivamente Van Mitten.

— ¡Si!

— ¡No, os lo aseguro!

— En fin, puesto que me hacéis una observación algo agresiva respecto á mi gusto por el tabaco....

— Creed que....

— Si.... sí.... — respondió Keraban airándose. — Sé comprender las insinuaciones....

— No hay la menor insinuación por mi parte — respondió Van Mitten, que sin saber por qué (pueda ser bajo la influencia de la buena comida que acababa de hacer), comenzaba á impacientarse de aquella insistencia.

— ¡Ah! — replicó Keraban — y á mi vez os voy á hacer una observación.

— ¡Hacedla, pues!

— No comprendo, no puedo comprender por qué os permitis fumar *tatakí* en un *marghilé*. Es una falta de gusto, indigna de un fumador.

— Pero me parece que tengo el derecho — respondió Van Mitten — puesto que prefiero el del *Asia Menor*....

— ¡El *Asia Menor*, verdaderamente! ¡El *Asia Menor* está muy léjos de valer lo que Persia, tratándose de tabaco para fumar!

— ¡Eso, según!

— El *tombeki*, aun despues de haber sufrido un doble lavado, posee todavia propiedades activas, infinitamente superiores á las del *tatakí*.

— Lo creo — exclamó el holandés. — Tiene propiedades activas debidas á la presencia de la belladona.

— ¡La belladona, en proporciones convenientes, no hace más que aumentar las cualidades del tabaco!

— Para las personas que quieren envenenarse tranquilamente — dijo Van Mitten.

— ¡No es un veneno!

— ¡Es uno y de los más enérgicos!

— Entonces estoy muerto — exclamó Keraban, que en el interés de la conversación se tragó toda una bocanada de humo.

— ¡No, pero os moriréis!

— Pues bien, á la hora de mi muerte — repitió Keraban, cuya voz tomó una intensidad inquieta, sostendría que el *tombeki* es preferible á ese humo seco al que llaman *tatakí*.

— ¡Es imposible dejar pasar sin protestar semejante error! — dijo Van Mitten.

— Pasará, sin embargo!

— ¡Y osais decir eso á un hombre que durante veinte años ha comprado tabacos!

— ¡Y osais sostener lo contrario á un hombre que durante treinta años los ha vendido!

— ¡Veinte años!

— ¡Treinta años!

En aquella nueva fase de la discusión, los dos contradictores se volvieron al mismo tiempo. Pero mientras que gestionaban con viveza, las boquillas se salieron de entre los labios y los tubos cayeron al suelo. Al momento, los dos los recogieron y continuaron su disputa, hasta el punto de llegar á las exclamaciones más desagradables.

— Decididamente, Van Mitten — dijo Keraban — sois el más rematado testarudo que conozco.

— ¡Despues de vos, Keraban, despues de vos!

— ¿Yo?

— ¡Vos! — exclamó el holandés, que no se quedaba atrás. — ¡Mirad el humo del *tatakí*, que sale de entre mis labios!

— ¡Y vos — repuso Keraban — el humo del *tombeki*, que arrojo como una olorosa nube!

Y los dos aspiraron por la boquilla de ámbar, con toda la fuerza de sus pulmones, arrojándose ambos el humo á la cara.

— ¡Sentis — decía el uno — el olor de mi tabaco!

— ¡Sentis — decía el otro — el del mío!

— Yo os obligaré á confesar — dijo al fin Van Mitten — que tocante á tabacos no conocéis nada.

(Se continuará.)

EL TIGRE BLANCO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

LUIS BOUSSENARD.

En cuanto terminaron aquellos preparativos con gran alegría de los dos solitarios, hubiera querido Robín disponer las provisiones en la embarcación y partir al punto; pero esperaba con impaciencia el regreso del forzado.

Goudet tardaba en volver. Más de tres semanas habían pasado desde su partida, y el proscrito, á quien no distraía el abrumador trabajo ordinario, encontraba las horas de una duración interminable.

Los esfuerzos de Casimiro para distraerle eran inútiles. En vano le refería todas las curiosas historias almacenadas en su asombrosa memoria, le llevaba á caza, le enseñaba el manejo del arco y le iniciaba en todos los secretos de la vida salvaje. Una sombría tristeza llevara al desgraciado.

¿Qué habría sido del buscador de madera, en medio de aquellas infinitas soledades pobladas de fieras, erizadas de obstáculos, llenas de abismos invisibles y devastadas por las enfermedades.

— ¡Ea! — decía lanzando un profundo suspiro. — Esto es hecho. Partiré mañana.

— No, compadre — replicaba invariablemente el negro — no tenéis paciencia, esperad un poco, pues no la tenido tiempo suficiente para ir y volver.

Pero llegaba el día siguiente y la situación no cambiaba.

Se ensayó la piragua, viéndose que á pesar de su poco calado se mantenía en perfecta estabilidad, evolucionando admirablemente tripulada por Robín, que había adquirido la destreza necesaria para manejar el pagay.

Casimiro iba á popa gobernando la canoa. Este puesto exige menor gasto de fuerza, pero al mismo tiempo una gran habilidad. En efecto, las canoas indígenas, sencillos cascos sin quilla, y redondas por debajo, zozobran fácilmente y obedecen á la más ligera presión.

Debemos consignar que el pagay es menos rápido que el remo; pero el empleo de este último es imposible en los arroyos, á causa de su poca anchura. ¿Cómo se ha de bogar con remos de dos metros por lo ménos, lo que da un desarrollo de cerca de seis en corrientes de agua que á lo sumo tienen cinco, y cuyas orillas desaparecen detrás de un enmarañado seto de helechos y de plantas acuáticas?

Con el pagay se puede navegar cómodamente en un arroyo de dos metros. El hombre establece su punto de apoyo en el brazo y no en el borde de la embarcación. Para esto coge el mango de su instrumento con las dos manos, la izquierda en lo alto cuando boga á estribor, y la derecha en el mismo sitio cuando es á babor, dejando entre los puños un espacio de cincuenta centímetros.

En esta posición introduce el pagay verticalmente en el agua á lo largo del casco, cuidando de no tocarle hasta que desaparece la paleta; apoya la mano colocada en la parte superior, verificando un empuje en el extremo del mango, mientras la mano situada abajo al nivel de la pala hace un movimiento de tracción y sirve como de punto de apoyo. Es ni más ni ménos que una palanca.

Impulsada la canoa hacía adelante se desliza sobre el agua avanzando rápidamente. Los bogadores ejecutan idéntica maniobra, incluso el timonel, quien además, y para dar dirección, debe imprimir al pagay un movimiento particular. Otra de las ventajas de este sistema de bogar es que, al contrario de lo que sucede en las embarcaciones de remos, la tripulación de una piragua lleva el rostro mirando hacía la proa.

Para calmar Casimiro la impaciencia de su compadre, le enseñó minuciosamente todas estas maniobras. El discípulo se hizo un maestro en poco tiempo, y su fuerza hercúlea garantizaba una resistencia indefinida.

Habían trascurrido cinco semanas desde la partida de Goudet.

Robín, completamente desesperado, se disponía á dejar la pacífica mansion del leproso; pero la víspera del día fijado para la marcha se presentó en el huerto el presidiario pálido, macilento y en situación lastimosa.

Su llegada fué acogida con dos exclamaciones de alegría.

— ¡Por fin! ¡ah! ¡pobre hombre! ¿Qué os ha sucedido? — preguntó el proscrito viéndole en tal estado.

— No me guardéis rencor por haber tardado tanto, — dijo con apagada voz. — Creí que me moría. El doctor dijo que no me hallaba enfermo, y Benedicto, que apenas puede sostenerse en pié, me ha moli-

do á golpes.... En esta situación fui llevado al hospital.... y caí enfermo de verdad; ya me las pagará Benedicto todas juntas.

— La carta... — dijo Robín ansiosamente. — ¿Y la carta?

— Buenas noticias. Mejores de lo que esperaba.

— ¡Hablad! Decid en seguida lo que sabéis.

El deportado se sentó en un banco caído, sacó de su bolsillo un cuadernito, y tomó de entre sus hojas un papel, que alargó á Robín.

Era la carta escrita por su mujer el día 1.º de Enero en la bohardilla de la calle de Saint-Jacques; á por mejor decir, era una copia de aquella carta.

Leyó ávidamente con una sola ojeada, y luego volvió á empezar. Un temblor convulsivo agitaba sus manos, se oscureció su vista, y de su garganta se escapó un rónico sonido....

Aquel hombre de hierro lloraba como un niño. Lágrimas de felicidad, única manifestación de alegría en los que han sufrido mucho.

El negro estaba inquieto, pero sin atreverse á preguntarle. Robín no veía ni oía. Leyó y volvió á leer en alta voz, repitiendo infinitas veces los nombres adorados de sus hijos, imaginándose la escena que había procedido á la redacción de la carta, y viviendo un instante en medio de los queridos ausentes.

Casimiro esenchaba con las manos unidas y llorando también.

— Bueno — murmuraba.... — buena señora.... buenos niños.... estoy muy contento.

Robín salió de su éxtasis, y volviéndose hacia el forzado, le dijo con dulzura:

— Habéis hecho una buena acción, Goudet. Os la agradezco.... con toda mi alma.

El desgraciado, presa de la fiebre, balbuceó:

— ¡Oh, eso no vale nada! También me habéis salvado la vida. Además, me habéis hablado como á un hombre, á mí que estoy tan envilecido, y me habéis enseñado cómo se sobrelleva heroicamente un infortunio inmerecido. ¡Qué ejemplo para un culpable!.... He sabido lo que es el arrepentimiento....

— Continúa por ese camino, y sobre todo, no trates de vengaros del que os ha herido, y así seréis más fuerte en vuestras resoluciones.

El deportado bajó la cabeza sin responder.

— ¿Pero cómo habéis adquirido esta carta?

— Es muy sencillo. Los agentes de policía tienen una inocencia singular. Estaba en vuestro expediente, y el mozo de la oficina no ha hecho más que llevarme a un momento, he sacado copia y he vuelto á colocar el original en su sitio. Esto es todo. Por mi parte hubiera traído la carta auténtica, pero sé que no queríais una cosa robada aunque os perteneciese. Además, la sustracción de ese papel hubiera hecho entrar en sospechas, puesto que nadie sino vos tendría interés en el robo. Porque no debo ocultaros que vuestra fuga ha puesto en conmoción á toda la colonia penitenciaria. Se ha hablado de despelir á Benedicto. Ha habido informaciones sobre informaciones.... Afortunadamente, se empieza á creer que habéis muerto, exceptuando quizás ese pobre vigilante. Es preciso que os ocultéis bien!

— ¡Ocultarme! Tengo que hacer algo más útil. No hay nada que me ligue á esta maldita tierra. Quiero huir lejos, muy lejos, y decir adiós para siempre á este infierno. Partiré mañana.... ¿Oyes, Casimiro?

— Está bien — dijo el negro.

— Ahora no podéis ejecutar vuestro plan — dijo vivamente el presidiario — al menos en la zona, pues la desembocadura del arroyo está llena de truhajadores y los centinelas relataban la vigilancia. Aguardad á que yo encuentre otras clases de madera para explotar, y que se aleje el destacamento.

— Os digo que marcharemos á pesar de eso.

— Es imposible. Seguid mi consejo y esperad una semana.

— ¿Pero no veis que me muero por instantes? Es preciso salir, aun cuando sea á la fuerza....

— No tenéis armas.... ni dinero para los gastos indispensables en un país civilizado.

— ¡Ah! ¡Estar tan cerca del fin apetecido sin poder quehrar las últimas trabas! ¡Bueno! Esperémos.

— Perfectamente — dijo con acento de satisfacción el presidiario, que se dispuso á renirirse al destacamento.

— Es preciso que comáis — dijo el negro.

— ¡Oh! No necesito mucho alimento, y sobre todo con la fiebre que me devora....

— Tomad solamente un pedazo de bocado. Eso os cortará la calentura como con un sable.

Robín comprendió que la negativa del pobre hombre tenía su origen en la invencible repugnancia que le producía la idea del contacto del leproso con los utensilios.

— Vamos, venid, no sería prudente que os picéis en camino con el acceso febril. Yo os preparo la infusión.

Goudet aceptó muy contento, tragando en medio de horribles gestos la desagradable pero salustifera bebida, y luego emprendió la ruta, llevándose una buena provision de hojas, no sin repetir á los dos solitarios sus recomendaciones para retardar la marcha.

Después de todo, necesitaban más de una semana para preparar las provisiones. Ya lo hemos dicho, los viajeros no deben contar con lo que puedan encontrar en el camino, sino con lo que lleven. Robín había adquirido la cruel certidumbre de esta máxima. Felizmente se hallaba en el huerto del anciano negro, cuyos productos constituían un recurso imprescindible.

Por de pronto lo urgente era fabricar el cuac ó la rina de yuca, que debía ser el elemento esencial de sus vituallas. En seguida se cogería el pescado y se pondría á curar al humo.

El proscrito no tenía acerca de aquella planta y de su empleo más nociones que las vagas, ó por mejor decir, nulas, del hombre civilizado. Como la alimentación de los forzados se compone de harina y de legumbres secas procedentes de Europa, no había conocido el cuac ni el casabe hasta que vivió con el leproso, y como la manipulación de este producto se hace de tarde en tarde, no ignoraba al procedimiento, y sobre todo la lentitud que exige.

Conocía los nombres latinos de aquella planta tan útil á los habitantes de América ecuatorial, como el trigo á los de naciones civilizadas. Pero saber que el *jatropha manihot euphorbia cea*, de Linneo, lo mismo que el *manihot utilisima*, de Pöhl, es *oianalis* y *manihotifo*, no es suficiente para confeccionar la preciosa harina.

Por suerte, estaba allí el hombre de la Naturaleza con sus utensilios.

— ¡Ea, compadre! Vamos á rallar la yuca.

— ¡Rallar!... ¿qué sería aquello?

La víspera y la antevíspera se había arrancado una gran cantidad de raíces de yuca, y las grandes masas tuberculosas, algunas de las cuales tienen el grueso



Rolán raspó con fuerza.

de una pantorrilla, formaban debajo del cobertizo un respetable montón.

El anciano tomó un instrumento de madera de hierro, como de cincuenta centímetros de largo y diez de ancho, provisto en una de sus caras de dientes hechos con navaja y en forma de escofina.

— He aquí el rallo.

— Muy bien. ¿Qué debo hacer?

— Rallar las raíces para hacer harina.

Rolán tomó con una mano el instrumento y con otra una raíz, y frotando ésta en aquél, dijo:

— Si no hay otro procedimiento más que éste, no acabará en un mes.

— No sabeis.

Y el buen hombre, encantado por la idea de enseñar á su compañero, apuntalo el rallo en el pecho de éste y en uno de los montantes de la cabaña, le puso entre ambas manos una raíz previamente pelada, y le dijo:

— Vamos, ya podéis rallar.

Robín raspó con fuerza el tubérculo harinoso contra la escofina, y al punto vió cómo se desmenuzaba aquél.

cayendo al suelo en forma de serrín de madera mojada.

—Muy bien.... así.... así—dijo Casimiro, dándole otro tubérculo después de quitarle la corteza.

El aprendiz, que á su gran vigor reunía igual suma de buena voluntad, hizo en pocos minutos rápidos progresos. Frotaba sin cesar, y la pulpa húmeda formó bien pronto á sus pies un monton considerable.

Casimiro se veía precisado á moderar su ardor, temiendo que por un falso movimiento se hiriese en las manos con el rallo, pues el contacto del jugo de la pulpa con la herida hubiera producido graves accidentes.

—Podeis morir, compadre, si os toca en la herida.

—No tengas cuidado, amigo mio.... y luego añado:

—Si bien soy novicio en la práctica, estoy fuerte en la teoría. No ignora que la yuca fresca contiene un jugo volátil sumamente venenoso. Algunos químicos la han destilado, obteniendo un líquido, que aplicado en la lengua de un perro le produjo la muerte en tres minutos. Boutron y Henry, si no recuerdo mal, pretenden que es el ácido cianídrico. Sea lo que quiera, tengo curiosidad por saber cuál procedimiento vas á seguir para desembarazar á nuestra harina de un huésped tan incómodo.

La operacion no fué larga ni difícil. Un largo instrumento de apariencia extraña, abierto en su parte superior y en la inferior cerrado, semejante á una gruesa serpiente, ó más bien, igual á una piel de culebra, estaba colgado en una viga de la choza.

Aquel aparato, tejido finamente con las fibras corticales del aruma (*maranta arundinacea*), de extrema solidez, tenía unos dos metros de longitud y era perfectamente permeable.

Varias veces habia preguntado Robín á su huésped lo que era, y siempre le respondió Casimiro:

—Ese animal es la *culebra de yuca*.

Pero las explicaciones que seguían eran tan embrolladas, que Robín no pudo comprenderlas. Por fin iba á conocer el uso de aquel animal.

—Tomad la harina y poneda en esta máquina.

Obedeció Robín, introduciendo la pulpa húmeda hasta que rebosaba por el orificio superior. La culebra atestada y á punto de reventar, tomaba actitudes de boa repleta que estuviera colgada por los colmillos durante el laborioso trabajo de la digestión.

En la parte inferior se veía un asa, tambien tejida con aruma, cuyo destino no tardó en conocer.

Sin pedir consejo al negro, pasó por aquella asa un largo y duro trozo de madera, apoyó uno de sus extremos debajo de un larguero de la choza, hizo fuerza con el pie sobre el otro extremo, formando una poderosa palanca, y le ató sólidamente.

Á impulsos de aquella enérgica presion, fluyó el líquido venenoso por todos los intersticios del tejido, cayendo al poco rato como un hilo continuo. Casimiro estaba verdaderamente admirado.

—¡Oh, compadre.... compadre! ¡Sois tan hábil como un negro!

Halagado Robín por aquel elogio, que es el sumo de consideracion que puede adquirir un blanco,

voltió á tomar el rallo, y siguió su faena cada vez con más ardor.

Dejó de correr el líquido de la culebra, y el negro, que no permanecía ocioso, sacó la harina convertida en un trozo compacto por la enérgica de la presion.

En el suelo, y sobre algunas hojas, extendió aquella hermosa harina tan blanca como la del trigo, pero más gruesa que el serrín.

Al cabo de dos horas estaba seca como la yuca. Mientras su compañero rallaba cada vez con más ardor, tomó el negro un tamiz llamado *manari*, tambien de aruma, y cerró toda su provision, á fin de separar los residuos de pulpa que hubieran podido quedar mezclados.

Organizado así el trabajo y distribuidas las funciones, continuó la tarea los siguientes dias, pero con algunas variaciones, pues la preparacion de aquel maná ecuatorial exige diversas maniobras.

Robín proseguía rallando y sometiendo la culebra á la presion, mientras Casimiro, después de haber secado y tamizado la harina, la extendía sobre una ancha placa de palastro, calentada inferiormente por un fuego morno, y la agitaba con una paleta de madera. De este modo no tan sólo se volatilizaban las últimas moléculas del jugo venenoso, sino que se evaporaba el agua interpuesta. La sustancia alimenticia perfectamente pura permanecía en estado de granulos irregulares, duros, secos é inalterables cuando se les conserva en vasijas bien cerradas.

Esto es lo que se llama *evac*, que forma con el casabe la base de la alimentacion de todas las tribus de la zona tórrida americana, y se usa como en Europa el pan. Basta desleírle con un poco de agua en un *eni* y se obtiene una papilla amarillenta espesa, sabrosa, muy nutritiva, y á la que pronto se acostumbran los europeos.

El casabe se diferencia del *evac*, tanto por el aspecto como por la última manipulacion. En vez de remover la harina con una paleta, se rodea la placa de palastro con un reborde circular de tres centímetros de altura y se llena de harina, dejándola espesa como la masa de buñuelos. Se retira entónces el molde moviéndole sin cesar á fin de que no se agorre ó se quemé. Cuando está dorada por ambos lados, se le expone al sol y se colocan en forma de pila hasta cinco ó seis docenas.

Por lo que se ve éste es el trabajo más esencial de todos, quizás el único á que no pueden sustraerse los salvajes más perezosos. En sus inexplicables y frecuentes emigraciones el bagaje por excelencia lo constituyen el rallo, la culebra, y sobre todo, la placa de palastro, importada desde tiempo inmemorial por los europeos, que es un objeto de cambio muy buscado y que pasa de padres á hijos.

La posesion de una placa es una fortuna, y su pérdida reviste las proporciones de una calamidad. Ciertas aldeas, compuestas de treinta ó cuarenta individuos, no tienen más que una sola, á la manera del horno señorial de la Edad Media.

Los dos compañeros se dedicaban á la preparacion de sus provisiones con igual ardor al que empleaban para construir la canoa, pues conocian toda la nec-

portancia de su faena. En efecto, no hay nada que pueda reemplazar al cuac. Sabido es que el trigo no grana en el Ecuador, ó por mejor decir, de tal manera activa el sol su crecimiento, que no puede formarse el grano.

Estando calculada la ración diaria de un hombre en setecientos cincuenta gramos, debían almacenar kilogramo y medio para cada veinticuatro horas, y como su viaje duraría tres meses, por lo ménos, necesitaban un minimum de ciento treinta y cinco kilogramos. La prudencia aconsejaba preparar ciento sesenta por lo que pudiera ocurrir.

La faena era ruda, y á pesar de la febril actividad de Robin tardaron más de quince días en terminarla. El huerto del leproso quedó casi destruido, y una catástrofe imprevista hubiera producido fatalmente el hambre.

El cuac bien encerrado, en anchas vasijas de barro, cambiadas en otro tiempo por el anciano con los indios, estuvo en disposición de ser estivado en la canoa. Las galletas de casabe, perfectamente secas, estaban envueltas en hojas impermeables que garantizaban su conservación.

Quedaba la cuestión de reunir el pescado curado y no tardó en ser resuelta.

Desde que comenzaron los trabajos no había vuelto á presentarse Goubet. Su ausencia inquietaba á Robin. ¿Estaría enfermo el pobre diablo? ¿Habría muerto? En Guyana hay que esperar lo todo.

Acaso habría conseguido trasladar el destacamento y dejar libre la desembocadura de la ría.

Á la mañana siguiente del día en que terminó la preparación de la yuca, tuvo deseos el proscrito de volver nuevamente la piragua que había quedado perfectamente oculta en un ancon, debajo de bejucos y lianas.

Aquel punto estaba á unas tres horas de marcha; era un paseo. Llevó algunas provisiones, tomó su machete, se armó con un fuerte palo y partió al amanecer con su inseparable Casimiro, alegre como un estudiante en vacaciones.

Marchaban charlando jovialmente, hablando del porvenir y haciendo proyectos, cuya realización estaba próxima. De este modo llegaron al apartado sitio donde estaba oculta la embarcación para sustraerla á las miradas indiscretas.

Casimiro propuso dar un paseo por el arroyo, y Robin creyó que no debía privarle de aquella inocente satisfacción.

Por fin se acercaron al entretejido de bejucos y de plantas, en medio de las cuales estaba sujeta la piragua.

El proscrito puso la mano en la amarra, fija á una raíz, y tiró de ella para acercar la proa, pero no experimentó ninguna resistencia, y el bejuco obedeció suavemente. De pronto sintió que por sus poros brotaba un sudor frío al ver la punta cortada como por una navaja.

Sospechando que había ocurrido alguna catástrofe irreparable, se lanzó en medio de los vegetales costándole furiosamente.

En pocos momentos despejó un ancho perimetro

sin encontrar nada. Acaso las lluvias hayan anegado la embarcación, se dijo, y esté en el fondo del arroyo. Es preferible que sea esto, pues así no la habrán agrietado las alternativas del sol y del agua pluvial.

Robin se sumerge, busca, tienta, mira, sube á la superficie y vuelve á desaparecer. ¡Nada! Algunos caimanes huyen asustados. El negro grita desesperadamente, agitando en la orilla, yendo, viniendo, aparta los bejucos, se desliza entre las raíces bajas y no encuentran huella alguna.

Ya no hay duda. El proscrito, desolado aunque no abatido, adquiere la triste certidumbre de que la piragua ha sido robada.

— ¡Valor, amigo mío! — dijo al anciano. — ¡valor! Construiremos otra. Todo se reduce á esperar tres semanas.... Felizmente están dispuestas nuestras provisiones y colocadas en seguridad.

El regreso fué muy triste y se verificó rápidamente. Sin saber por qué experimentaban los dos hombres una necesidad imperiosa de llegar á su morada. En pocos minutos se acercaron á la choza.

¿Qué nueva y terrible sorpresa les preparaba la fatalidad? ¿Qué catástrofe irreparable iba á acontecerles?

Un humo acre flota pesadamente sobre el huerto, y un fuerte olor á chamuscado se introduce hasta sus gargantas.

Robin da un salto y se precipita hacia la choza, oculta entre los bananos.

¡Ya no existe!.... Un montón de cenizas humeantes indica el lugar que ocupó. Los instrumentos, los útiles, las provisiones con tanta paciencia almacenadas, todo ha desaparecido.... El incendio lo ha devorado todo.

Algunas horas antes, y al convencerse de la desaparición de la canoa, había dicho Robin:

— ¡Felizmente están dispuestas nuestras provisiones y colocadas en seguridad!

¡Qué mentis tan irónica y tan cruel le daba súbitamente la fatalidad! Nunca había estado tan cerca del objeto apetecido, nunca, desde el día de su evasión, había tocado el momento de la libertad sin trabas.

¡Ahora todo estaba perdido, aniquilado! Una chispa desprendida de la lumbre mal apagada había sido suficiente para devorar en pocos minutos el fruto de tantas fatigas.

Era inútil pensar en abandonar la colonia, y, por otra parte, el primer resultado de aquella catástrofe consistía en evocar á corto plazo el terrible espectro del hambre.

El infeliz anciano cayó en honda postración. Su tristeza era conmovedora. Con mirada de idiota contemplaba aquel montón de cenizas, único resto de lo que había sido el refugio de su vejez, aquellos troncos carbonizados, que eran los postes dispuestos por sus manos mutiladas, aquellos restos de vasijas anegrecidas que contenían sus provisiones, sus útiles, flecos auxiliares de su trabajo de solitario.

Miraba, miraba... y no podía lanzar una queja ni derramar una lágrima.

La actitud del blanco era distinta. Su enérgica naturaleza era la de un hombre capaz de empeñarse en toda clase de luchas.

Se estraneó al contemplar el desastre, palideció ligeramente y nada más.

El incendio de la choza no le causó tanta impre-

sion como el robo de la piragua. Y era porque el incendio podía y aún debía ser efecto de una funesta casualidad, mientras que la ausencia de la embarcación era obra de una mano enemiga.

Una serie completa de suposiciones, aún las más alarmantes, se presentaba á su espíritu, y aún cuan-



(Animo, amigo mío)

do Robín era poco pesimista, se hallaba en frente de esta doble pregunta: ¿Quién ha cometido el robo? ¿Con qué objeto?

El vigilante se hallaba todavía en el establecimiento penitenciario, y si hubiese adquirido informes acerca del sitio en que estaba el fugitivo, hubiera acudido con una sección de tropa, prendiendo á su hombre sin más formalidades.

El deportado Goudet, que no dió señal de vida desde el episodio de la carta..... de ningún modo. Se-

mejante suposición era absurda. Era un hombre sincero, sus pruebas de arrepentimiento no podían ser ficticias, como no lo era la expresión de su gratitud.

Pero su insistencia para evitar que abandonasen su morada..... si no comprometedor, era un poco exagerada.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

Entonces pensaron que ocurría algo grave; llevaron un farol, y el resultado del examen fué que Vitalis estaba muerto á causa del frío, y que á mi me faltaba poco para estar como él. Sin embargo, gracias á *Copi*, que había dormido sobre mi pecho, conservaba un poco de calor en el corazón, y habiendo podido resistir, respiraba todavía. Me llevaron á la casa del jardinero, acostándome en la cama de uno de los niños á quien habían hecho levantar. Allí estuve seis horas, casi muerto; luego se restableció la circulación de la sangre, respiré con más fuerza, y al fin abrí los ojos.

Por atargado que estuviese, física ó intelectualmente, me encontré, sin embargo, bastante despejado para comprender toda la importancia de las palabras que acababa de oír. ¡Vitalis había muerto!

El hombre del chaqueton gris, es decir, el jardinero, fué quien me hizo aquel relato, y mientras hablaba, no dejó de mirarme la niña de los ojos asombrados.

Cuando su padre dijo que Vitalis había muerto, comprendí, sin duda, por una rápida intuición, el golpe que me daba con aquella noticia, pues dejando el rincón en que estaba, se adelantó hacia su padre, le puso una mano en un brazo y me señaló con la otra, lanzando un sonido extraño que no era la palabra humana, sino algo semejante á un suspiro tierno y compasivo.

Por otra parte, era tan elocuente su ademán, que no necesitaba ser apoyado con palabras; descubrí en el movimiento y en la mirada una simpatía intuitiva, y por primera vez, desde mi separación de Arturo, experimenté un sentimiento indefinible de confianza y de ternura, como en los tiempos en que la tía Barberin me miraba antes de abrazarme. Vitalis había muerto, yo estaba abandonado, y sin embargo, me pareció que no me hallaba solo, como si él estuviese todavía á mi lado.

—Si, ya te comprendo, querida Lise—dijo el padre inclinándose hacia su hija—esta noticia le llenará de tristeza; pero es preciso decirle la verdad; si nosotros no se lo decimos, se lo dirá la policía.

Y siguió contándome que había avisado á los guardias de seguridad, los cuales se llevaron á Vitalis y nosétras á mi me colocaban en la cama de Alexis, su hijo mayor.

—¿Y *Copi*?—pregunté cuando acabó de hablar.

—¿*Copi*!

—Sí, el perro.

—No sé, ha desaparecido.

—Signió á la camilla—dijo uno de los niños.

—¿Le has visto, Benjamin?

—Ya lo creo, iba detras de los camilleros, con la cabeza baja, y de vez en cuando saltaba á la camilla; si le obligaban á bajar, daba un grito lastimero como un aullido ahogado.

¡Pobre *Copi*! Él que tantas veces había acompañado como buen cómico al entierro fingido de *Zerbino*, poniendo una cara tan triste y dando unos suspiros que hacían desternillarse de risa á los espectadores más sombríos....

El jardinero y sus hijos me dejaron solo, y sin saber á ciencia cierta lo que hacía, me levanté de la cama.

Al pié de ella estaba el arpa, pasé la correa por mi hombro y entré en la habitación donde se hallaban el jardinero y su familia. Era preciso marchar, pero ¿á dónde?... No lo sabía; pero tampoco dejaba de comprender que debía salir de aquella casa.... Además, muerto ó vivo, debía volver á ver á Vitalis.

Mientras estuve en la cama, luego que me desperté me sentí bastante bien, un poco encogido únicamente y con un calor insoportable en la cabeza; pero cuando me puse de pié creí que iba á caer y me vi obligado á sentarme en una silla. Sin embargo, después de un momento de reposo, empujé la puerta y me volví á encontrar delante del jardinero y de sus hijos.

Estaban sentados delante de una mesa, cerca del fuego que ardía en una chimenea de altísima campana, y en disposición de comer una excelente sopa.

El olor de la comida me recordó brutalmente que no había tomado alimento alguno desde la víspera; sentí como un vahido y estuve á punto de caerme. El malestar que experimentaba se reflejó en mi rostro.

—¿Estás enfermo, hijo mío?—preguntó el jardinero con voz compasiva.

Respondíle que, en efecto, no me encontraba bien, y añadí que, si me lo permitían, me sentaría un poco junto al fuego.

Pero no era calor lo que necesitaba, sino alimento; la lumbré no me dió fuerzas, y el vaho de la sopa, el ruido de las cucharas al tropezar en los platos, y el de la lengua de los que comían, aumentaron más mi debilidad.

Si me hubiera atrevido, ¿de qué buena gana hu-

biese solicitado un plato de sopa! Pero Vitalis no me enseñó nunca á alargar la mano, y la Naturaleza no me habia hecho mendigo. Antes hubiera muerto que decir: «tengo hambre.» ¿Por qué? Lo ignoro; acaso fuese porque no he querido pedir lo que no podia devolver.

La niña del mirar extraño, la que no hablaba y á la que su padre llamó Lise, estaba frente á mí, y en vez de comer me miraba sin bajar ni mover los ojos. De pronto se levantó de su asiento, y tomando su plato que estaba lleno de sopa, me lo puso en las rodillas.

Como no tenia fuerza para hablar, traté de hacer una seña con la mano para dárla gracias, pero su padre no me dejó acabar.

—Aceptalo, hijo mío—dijo—lo que Lise da está bien dado; y si quieres tomarás luego otro plato.

¡Si quería! En algunos segundos devoré el plato de sopa, y cuando dejó la cuchara, Lise, que habia permanecido delante de mí, observándome atentamente, lanzó un pequeño grito que no era un suspiro sino una exclamación de alegría. Volvió á tomar el plato y se le alargó á su padre para que le llenase, devolviéndomele despues con una sonrisa tan dulce, tan cariñosa, que á pesar de mi hambre me quedé un momento pensativo sin coger el plato.

De igual modo que la primera vez, desapareció la sopa en un momento; al verme ya no se sonreían sino que daban tales curcujadas que parecia iban á desternillarse.

—¡Bravo! hijo mío—dijo el jardinero—tienes buen diente.

Debi ponerme más encarnado que una cereza; pero despues de pensar un momento creí que era preferible confesar la verdad ántes que permitir me tomasen por un gloton, y respondí que no habia comido la vispera.

—¿Y has almorzado?

—Tampoco.

—¿Y tu amo?

—Estaba como yo.

—Sin duda ha muerto de hambre y de frío.

Habiendo recobrado fuerzas con la sopa, me levanté disponiéndome para marchar.

—¿Á dónde quieres ir?—me preguntó el padre.

—Á ver á Vitalis por última vez.

—Pero ¿sabes dónde está?

—Lo ignoro.

—¿Tienes amigos en París?

—No.

—¿Ni paisanos tuyos?

—Nadie.

—¿En dónde te hospedas?

—No teníamos alojamiento; hemos llegado ayer.

—¿Qué piensas hacer?

—Tocar el arpa, cantar por las calles y ganarme así el sustento.

—¿En dónde?

—En París.

—Mejor sería que volviesses á tu tierra, á casa de tus padres.

—No los tengo.

—¿Has dicho que el anciano de la barba blanca no era tu padre?

—No tengo padre, pero Vitalis lo era para mí.

—¿Y tu madre? Tendrás algun tío, una tía, primos, primas, algún, en fin.

—No tengo á nadie.

—¿De dónde procedes?

—Mi amo me habia comprado al marido de una nodriza.

Habéis sido muy bueno para mí y os lo agradezco de todo corazón; si quereis, volveré el domingo por que podais bailar tocando yo el arpa, si esto os divierte.

Mientras hablaba me dirigia hácia la puerta; pero apenas habé dado algunos pasos, Lise, que me seguia, me tomó por la mano y me señaló al arpa señalándose. No era posible dudar.

—¿Quereis que toque?

Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y empezó á palmotear alegremente.

—Vamos—dijo el padre—toca alguna pjeza.

Tomé mi arpa, y aunque no estaba mi ánimo dispuesto para la alegría, toqué un wals, mi favorito, el que mejor ejecutaba. ¡Ah! ¡cuánto hubiera yo dado por tocar como Vitalis para complacer á aquella niña que me enternecía el corazón al mirarme con sus expresivos ojos.

Al principio escuché mirándome atentamente, luego marcó el compas con los pies, y al por-rato, cuando se sintiera arrastrada por la música, se puso á dar vueltas por la cocina, mientras sus dos hermanos y su hermana permanecían tranquilamente sentados; yo sabia bailar el wals, ni daba las vueltas como es debido, pero giraba graciosamente, manifestándose contento en su rostro.

Su padre, que estaba sentado junto á la chimenea, no dejaba de mirarla; me pareció que le conmovió aquella escena y le vi aplaudir con entusiasmo. Cuando terminé el wals, llegó la niña delante de mí y me dió las gracias haciendo una linda reverencia. Despues, tocando mi arpa con un dedo, hizo una seña que queria decir: «más.»

Hubiera tocado todo el dia con mucho gusto, pero su padre dijo que ya era bastante, y que no queríanse fatigar dando vueltas.

Entónces, en vez de tocar un wals ó cualquier otro baile, entoné la canción napolitana que Vitalis me habia enseñado:

*Fenesta vasca é patrona crudelè,
Quanto sospira n'aje fatto jettare.
M'arde sto core com'è na cannela.
Bella quanno te sento auno menarè.*

Esta canción era para mí lo que ha sido para Nourrit «Varios caballeros de mi patria», de Roberto el Diabolo y «Seguidme», de Guillermo Tell, para Duprez, es decir, mi trozo escogido, aquel con el cual estaba más seguro de producir efecto. La música es dulce, melancólica y muy sentida.

Desde los primeros compases se colocó Lise delante de mí, con sus ojos fijos en los míos, moviendo los labios como si repitiese mentalmente mis palabras, y luego, cuando el tono de la canción fué más

triste, retrocedió muy despacio algunos pasos, hasta el punto de que al llegar á la última estrofa se arrojó llorando en los brazos de su padre.

— ¡Basta! — dijo este.

— ¡Qué tanta! — añadió uno de sus hermanos, al que se llamaba Benjamín — primero baila y después llora.

— El tonto eres tú! Lise comprende lo que tocan — dijo la hermana mayor inclinándose hacia ella para besarla.

Mientras pasaba esto, yo colgué el arpa de mi hombro y me dirigí á la puerta.

— ¿A dónde vas? — me dijo el padre.

— Ya os lo he dicho: á ver á Vitalis, y luego á hacer lo que él me había enseñado, tocar el arpa y cantar.

— ¿Te gusta tu profesion de músico?

— No tengo otra.

— ¿Te dan ruido las carreteras?

— No tengo casa.

— Sin embargo, la noche que has pasado ~~has~~ debido hacerle pensar.

— Seguramente, prefiero una buena cama y un rincón junto al hogar.

— ¿Quieres tenerlo, trabajando, se entiende? Si quieres quedarte aquí, trabajarás y vivirás con nosotros. Ya comprendes que no te brindo con la opulencia ni con la holgazanería. Si aceptas, tendrás que cansarte, será preciso que te levantes muy temprano, que caves la tierra durante el día y que mojes con tu sudor el pan que ganas. Pero te tendrás seguro y no estarás expuesto á dormir al sereno como la noche pasada, y ansio á morir abandonado en una cuneta del camino; por la noche tendrás una cama preparada, y al cocer la sopa, experimentarás la satisfacción de haberla ganado, lo cual la hace más exquisita, te lo aseguro. Y por último, si eres un buen muchacho, como así creo, tendrás en nosotros una familia cariñosa.

Lise batió vuelto la cara y al traves de sus lágrimas me miraba sonriéndose.

Sorprendido por aquella proposición, permaneci un momento sin darme cuenta exacta de lo que me ocurría y sin saber qué contestar.

Entonces Lise dejó á su padre, se acercó á mí, y tomándome por la mano me condujo delante de una estampa que representaba un San Juan cubierto con una piel de carnero.

Hizo una seña á su padre y á sus hermanos para que mirasen el grabado, y volviendo al mismo tiempo la mano hacia mí, atusó la zamarra de que iba vestido y señaló á mis cabellos que, como los de San Juan, estaban separados en medio de la frente y caían sobre mis hombros formando rizos. Comprendí que encontraba parecido entre San Juan y yo, y sin saber por qué, me causó mucha alegría enterneciéndome el corazón.

— En efecto — dijo el padre — se parece á San Juan.

Lise batió palmas riéndose.

— Vamos — dijo el padre, volviendo á su proposición — ¿te conviene, hijo mío?

¡Una familia!

¡Iba á tener una familia! ¡Ah! ¡Cuántas veces se había desvanecido aquel hermoso sueño! La tía Bárbara, Mmc. Milligan, Vitalis, á todos los perdí unos detrás de otro.

Ya no estaría solo y abandonado.

Mi situación era terrible; acababa de ver morir á un hombre con el cual había vivido algunos años y que fué para mí tan cariñoso como un padre; al mismo tiempo había perdido á mi compañero, á mi camarada, á mi amigo, á mi excelente y querido *Cupi*, á quien tanto quería, y que por su parte, me había demostrado tanta amistad; sin embargo, cuando el jardinero me propuso que estuviera en su casa, experimenté un sentimiento de confianza.

No había concluido todo para mí, aún podía volver á comenzar la dicha.

Y lo que me encantaba mucho más que el pan de que me habían hablado, era aquella vida íntima del hogar, aquella familia tan unida en cuyo seno se me brindaba á entrar.

Aquellos niños serían mis hermanos.

La pequeña y linda Lise sería mi hermana.

En mis sueños infantiles más de una vez me había imaginado que encontraría á mi padre y á mi madre, pero nunca pensé en hermanos ni en hermanas. Ahora iba á tenerlos.

No lo eran realmente por la naturaleza, pero podrían serlo por la amistad; para esto no había que hacer más que quererles (yo estaba muy bien dispuesto), y hacernos querer por ellos, lo que no debía ser difícil, pues parecían muy bondadosos.

Con gran presteza me quité del humero la correa de mi arpa.

— Eso es una respuesta — dijo el padre riendo — y buena, porque parece que te agrada el darla. Cuelga tu instrumento de ese clavo, hijo mío, y el día en que no te encuentres bien entre nosotros volverás á tomarle para marcharte; lo único que debes hacer es imitar á las golondrinas y á los ruiseñores, eligiendo la estación propicia para ponerte en camino.

— No saldré más que una vez — le dije — para ir en busca de Vitalis.

— Es muy justo — me respondió el honrado jardinero.

La casa á cuya puerta nos habíamos dejado caer rendidos por el cansancio dependía de la Glacière, y el jardinero que la habitaba se llamaba Acquin. Cuando me recibió en su casa se componía la familia de cinco individuos: el padre, de nombre Pedro; dos muchachos, Alexis y Benjamín, y dos muchachas, Etiennette, la mayor de ellas, y Lise, la más pequeña.

Lise era muda, pero no de nacimiento, es decir, que la mudex no estaba producida por la sordera. Durante dos años había hablado, y de pronto, un poco antes de tener cuatro, perdió el uso de la palabra. Este accidente, ocurrido después de una serie de convulsiones, no había atacado, por fortuna, su inteligencia, que estaba desarrollada con extraordinaria precocidad, no solamente comprendía todo, sino que decía y expresaba sus sentimientos y sus ideas. En

las familias pobres y aun en otras que no lo son, sucede con frecuencia que la enfermedad de un niño es un motivo de abandono ó de repulsión. Pero no había sucedido esto con Lise, que por su gracia, su viveza, su buen humor y su bondad, era querida de todos. Sus hermanos no aumentaban aquella desgracia; el padre la idolatraba, y su hermana mayor Etienneette la quería como una madre.

Antiguamente el derecho de primogenitura era una ventaja en las familias nobles; hoy, en las familias de los obreros la que nace primero hereda una pesada responsabilidad. La mujer de Acquin murió un año despues de nacer Lise, y desde aquel día Etienneette, que tenía dos años más que el hermano mayor, se convirtió en madre de familia. En vez de ir á la escuela tuvo que permanecer en casa preparando la comida, cosiendo un boton ó remendando la ropa de su padre y de sus hermanos y llevando en brazos á Lise: se había olvidado que era hija, que era hermano, y pronto se adquirió en la casa la costumbre de no ver en aquella más que una criada, y una criada que no causaba molestia ni cuidado, pues había la seguridad de que nunca dejaría la casa ni se enfadaría.

Teniendo á Lise en brazos, enseñando á andar á Benjamin, trabajando todo el día, levantándose temprano para hacer el almuerzo al padre ántes de que se marchase al mercado, acostándose tarde para ponerlo todo en orden despues de cenar, lavando la ropa blanca de los niños, rogando en el verano siempre que tenía un momento de reposo, dejando la cama por la noche para extender las esterillas durante el invierno, cuando las heladas caían de repente, nunca tuvo tiempo Etienneette para reír y jugar como las otras muchachas. Á los catorce años su rostro estaba triste y melancólico, aunque ofrecía destellos de dulzura y de resignacion.

Apénas pasaron cinco minutos desde que colgué mi arpa en el clavo que me habían señalado, y cuando me disponía á referir de qué manera nos sorprendió el frío y el cansancio al volver de Gentilly, á donde habíamos ido con la esperanza de pasar la noche en una cantera, ó una especie de frotamiento en la puerta del jardín, y al mismo tiempo un alullido lastimero.

— ¡Es Capi! — dije levantándome rápidamente.

Pero Lise se anticipó corriendo á abrir la puerta.

El pobre Capi llegó hasta mí de un salto, y cuando le tuve en mis brazos se puso á lamermne la cara dando pequeños gritos de alegría; su cuerpo temblaba.

— ¿Y Capi? — pregunté á M. Acquin.

El jardinero comprendió mi pregunta.

— Capi se quedará aquí contigo.

Como si el perro hubiese entendido también lo que se decía, saltó al suelo, y poniendo la pata derecha sobre su corazón, hizo un saludo. Esto excitó la hilaridad de los niños, especialmente de Lise, y para divertirles quise que Capi representase una pieza de su repertorio; pero se negó á obedecerme, y subiéndose á mis rodillas volvió á acariciarme, luego se bajó y empezó á tirar de la manga de mi chaqueta.

— Quiero que salga, tiene razon.

— Trataré de llevarlo donde esté vuestro amo.

Los guardianes de seguridad que se llevaron á Vitalis dijeron que necesitaban hacerme algunas preguntas y que volverían al día siguiente despues que yo me hubiera despertado. Mientras venían, estaría en la inercitudumbre. Desaba con ansia tener noticia de Vitalis. Acaso no hubiera muerto como se creyó al principio. Yo estaba vivo y era posible que él también lo estuviese.

Viendo mi inquietud y adivinando la causa, me condujo el padre á casa del comisario, donde se hicieron preguntas sobre preguntas, á las que no respondí hasta que me aseguraron que Vitalis había muerto. Lo que sabía era muy sencillo, y lo contó en seguida. Pero el comisario procuró saber más y me interrogó largamente acerca de Vitalis y de mí. Respecto de esto último, le dije que no tenía padres, que Vitalis me había alquilado mediante una cierta cantidad que pagó adelantada al marido de mi madre.

— ¿Y ahora? — me preguntó el comisario.

Entonces intervino el jardinero.

— Yo me encargo de él si quereis confiármelo.

No solamente accedió el comisario, sino que le felicitó con entusiasmo por su hermosa acción.

Cuando fué preciso contestar acerca de Vitalis me vi apurado, porque no sabía nada ó casi nada.

Sin embargo, había un punto misterioso del cual pude hablar: era lo que había pasado mientras dábamos nuestra última representación, cuando Vitalis cantó de tal manera que provocó el asombro y la admiracion de aquella dama; había también las amenazas de Garofoli, pero yo dudaba si debía guardar silencio acerca de todo esto. ¿Sería licito descubrir despues de su muerte lo que mi amo había mentado tan cuidadosamente en vida?

Mas para un niño es muy difícil ocultar algo á un comisario de policía que conoce su deber y que sabe preguntar de una manera capiosa. Esto me lo me sucedió.

En ménos de cinco minutos me obligó á decir lo que quería callar y lo que le importaba saber.

— Hay que llevarle á casa de ese Garofoli — dijo un agente; — en cuanto esté en la calle reconoceré la casa; subiréis con él y preguntaréis á aquel hombre.

Nos pusimos los tres en marcha: el agente, el jardinero y yo.

Conforme había presumido el comisario, no tuve dificultad en reconocer la casa, y subimos al primer cuarto. No vi á Matia, que sin duda estaría en el hospital. Cuando Garofoli me vió entrar acompañado por el agente de policía se puso muy pálido; pero se tranquilizó en seguida cuando supo lo que allí nos llevaba.

— ¡Ah! ¡ El pobre viejo ha muerto! — dijo.

— ¿Le conociais?

— Perfectamente.

— Pues bien, decídmelo lo que sepáis acerca de él.

— Es muy sencilla. Su nombre no era Vitalis, se llamaba Carlo Balzani, y si hubierais vivido en Italia hace treinta y cinco ó cuarenta años, ese nombre

hubiera bastado para que supierais quién era el hombre por quien os interesais. Carlo Balzani era en aquella época el cantante más famoso de toda Italia, y sus triunfos en los grandes teatros de Europa no tienen número; ha cantado en todas partes, en Nápoles, en Milán, en Roma, en Venecia, en Londres, en Florencia, en Venecia y en París. Pero llegó un día en que perdió la voz y no quiso amenguar su gloria comprometiéndola en teatros indignos de su reputación. Abandonó su nombre de Carlo Balzani y adoptó el de Vitalis, ocultándose a todos los que le habían conocido en sus tiempos de gloria. Mas como necesi-

taba vivir, se dedicó a varias profesiones, sin resultado, y de caída en caída llegó a exhibir animales sabios. En su miseria le quedó, sin embargo, un resto de orgullo, y hubiera muerto de vergüenza si el público hubiese sabido que el famoso Carlo Balzani se había trocado en el pobre Vitalis. Una casualidad me hizo conocer este secreto.

¡Ya tenía la explicación del secreto que tanto me preocupaba!

¡Pobre Carlo Balzani, querido y admirable Vitalis! ¡Si me hubieran dicho que había sido rey no me hubiese asombrado!



Era en aquella época el cantante más famoso de toda Italia.

CAPÍTULO XX.

JARDINERO.

Al día siguiente debía ser enterrado mi amo, y el jardinero me prometió que asistiríamos al entierro.

Pero con gran disgusto mío no me pude levantar al otro día, porque durante la noche me acometió un acceso de fiebre que tuvo principio en un estremecimiento de frío seguido de un calor insoportable; me parecía que tenía fuego en el pecho y que estaba enfermo como *Joli-Coeur* después de la noche que pasó en el árbol rodeado de nieve.

En realidad, lo que tenía era una violenta inflamación, es decir, una fluxión de pecho causada por el enfriamiento que experimenté la noche en que murió mi pobre amo.

Aquella dolencia me puso en condiciones de apreciar la bondad de la familia Acquin, y sobre todo, las bellísimas cualidades y el afecto de Etienne.

Por más que entre los pobres existe siempre cierta resistencia a llamar al médico, fué tan violento mi acceso febril, tan alarmante, que se hizo una excepción a la regla. El médico a quien avisaron no necesitó un largo exámen ni una historia detallada para conocer cuál era mi enfermedad, y al instante declaró que debían llevarme al hospital.

En efecto, esto era lo más fácil y lo más sencillo, pero no fué puesto en práctica por el jardinero.

— Puesto que ha venido a caer a nuestra puerta y

no a la del hospital, en casa es donde debemos tenerle.

El médico trató de combatir por todos los medios posibles aquel razonamiento fatalista, pero no consiguió nada. Debían tenerme en su casa, y me tenían.

Etienne me agregó a todas sus ocupaciones la de enfermera, cuidándome con tanto cariño y tan metódicamente como lo hubiera hecho una hermana de San Vicente de Paul, sin una impaciencia y sin un olvido. Cuando se veía obligada a dejarme porque tenía que atender a las faenas domésticas, era reemplazada por Lise, y muchas veces, en medio de la calentura vi a la mudita a los pies de la cama fijando en mí sus expresivos e inquietos ojos. Turbado mi espíritu por el delirio, creía que era el ángel de mi guarda y la hablaba como si fuera un sér celestial de mis deseos y de mis esperanzas. Desde entonces me acostumbré a mirarla, bien a pesar mío, como un sér ideal rodeado de una especie de aureola, y cuya presencia a nuestro lado, haciendo la misma vida, me asombraba en extremo, esperando muchas veces que se elevase al cielo en una blanca nube.

Mi enfermedad fué larga y enojosa, con varias recaídas que hubieran desanimado a unos padres, pero que no hicieron disminuir en nada la paciencia y el cariño de Etienne. Fué necesario velarme algunas noches, pues parecía que iba a ahogarme de un momento a otro, y Alexis y Benjamin fueron los encargados de hacerlo reemplazándose junto a mi lecho.

Por último, llegó la convalecencia; pero como la enfermedad fué larga y caprichosa, tuve que esperar á que la primavera empezase á reverdecer los prados de la Glacière para salir de casa.

Entónces Lise, que no trabajaba, hizo las veces de Etienne et me acompañó á pasear por las orillas del Bièvre. Al mediodía, cuando el sol calentaba con más fuerza, salíamos juntos, y cogidos por la mano marchábamos muy despacio, seguidos de Capi. Aquel año fué la primavera templada y suavísima, ó por lo ménos conservo de ella un agradable recuerdo, que viene á ser lo mismo.

El barrio que se encuentra entre la Maison-Blan-

che y la Glacière es muy poco conocido de los habitantes de París; se sabe vagamente que hacia el lado existe un pequeño valle; pero como el río que le riega es el Bièvre, se dice y se cree que aquel valle es uno de los más tristes y repugnantes de la jurisdicción de París. No hay nada de esto, sin embargo, y el sitio vale más que su reputación. El Bièvre, el cual se juzga por lo que es industrialmente en el arrabal de Saint-Marcel, y no por lo que era en Versalles ó en Rungis, corre por allí, ó por lo ménos, corría en la época á que me refiero por un lecho rodeado de álamos, sauces y chopos, y en sus orillas se encuentran vastas praderas que se van levantando



Lise permanece cerca de la noria.

vemente hasta unos pequeños collados cubiertos de casas y jardines. La hierba es alta y tupida en primavera, las margaritas esmaltan con sus blancas estrellas el tapiz de esmeralda en que reposan, y en los sauces que comienzan á ostentar sus hojas, en los álamos cuyos retoños están barnizados por una resina viscosa, revolotean los pájaros, el mirlo, la curruca y el pinzón, demostrando con sus cánticos que aún se está en el campo y no en la ciudad.

Así fué como yo ví aquel pequeño valle — que luego ha cambiado mucho — y la impresión que me ha dejado persiste viva en mi memoria como el día en que la recibí. Si fuese pintor os dibujaría la cortina de álamos, sin omitir un solo árbol; los robustos sauces con los espinosos groselleros que reverdecían en sus copas, teniendo implantadas las raíces en su podrido tronco; los glacia de las fortificaciones, sobre los cuales nos deslizábamos dejándonos resbalar con un solo pié; la Butte-aux-Cailles con su molino de viento; el cercado de Sainte-Hélène con su población de lavanderas — las fábricas de curtidos que ensucian é infectan las aguas del río — y la granja de Sainte-Anne, en la que los pobres locos que cultivan la tierra pasan á nuestro lado sonriéndose como idiotas, con los brazos caídos y la boca entreabierta enseñando la punta de la lengua con desagradables gestos.

Mientras paseábamos no hablaba Lise, como es natural; pero no necesitábamos palabras; nos mirábamos y nos comprendíamos de tal manera con los ojos, que me acostumbré á no dirigirle la palabra.

Con el tiempo recobré las fuerzas y pude dedicarme á los trabajos del jardín; esperaba con impacencia este momento, pues tenía prisa de hacer lo que habian hecho por mí y recompensar en la medida de mis fuerzas los favores que de ellos habia recibido. Yo no estaba acostumbrado al trabajo, pues aunque fueron muy penosas nuestras largas marchas por las carreteras, no es éste un trabajo continuado que exige voluntad y aplicación; pero me pareció que trabajaría bien, al ménos animosamente, imitando el ejemplo de los que me rodeaban.

Era la estación en que los alfiles comienzan á ir á los mercados de París, y M. Acquin se dedicaba entónces al cultivo de aquellas flores; nuestro jardín estaba lleno; las habia encarnadas, blancas, rosadas, dispuestas por colores; separadas bajo los bastidores de modo que se veían blancas enteramente blancas al lado de otras encarnadas; lo que producía un efecto admirable; por la noche y antes de cerrar los bastidores estaba el aire embalsamado con el perfume de aquella linda flor.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA,

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

Activo, inteligente y solapado cual pocos, no pudo encontrar el *angel malo* de los Ballesta auxiliar más digno de él ni más á propósito para secundar sus tenebrosos planes. Afectando el hipócrita marinero el mayor interés por todo lo que á D. Félix se refería, captaba día y noche, vigilaba sus pasos y procuraba entorpecer de todos sus pensamientos.

Si tienes buena memoria, lector sufrido, recordaras que en los primeros capítulos de este verídico relato, hallándose el capitán Ballesta en la cámara de la coveleta *Algeciras* meditando sobre la incisa conducta de su tío, un marinero, oculto en la sombra de un camarote próximo, parecía vigilar todos sus movimientos.... Este hombre era el contramaestre Tomás.

Tras muchos azares había logrado D. Félix oger el hilo de la siniestra intriga, que desde mucho tiempo antes venía, paso á paso, desenvolviéndose en torno suyo.

El hombre que en aquellos momentos iba en barbas, podía, á su juicio, facilitar la misteriosa clave de algunos sucesos que representaban para el honrado capitán verdaderos enigmas.

Era, pues, necesario obligar por todos los medios legítimamente posibles, á que hablase aquel hombre; á que manifestara qué ocultos móviles le impulsaron á proceder criminalmente; qué parte había tomado en los acontecimientos que de algun tiempo atrás venían realizándose á bordo, y quién ó quiénes, por último, eran sus inspiradores y auxiliares.

Hondamente preocupado con esta idea y ansioso ponerla en ejecución cuanto antes, dirigióse don Félix al siguiente día al lugar en que se encontraba encerrado el segundo contramaestre.

Paso por la cámara al pequeño corredor que comunicaba con la de los maquinistas, el cual estaba iluminado por un tragaluz abierto en la techumbre. En el pasadizo encontró á un marinero guardando la puerta que daba acceso á la prisión del que fué su superior jerárquico.

Medio cuadróse el marinero al ver á su capitán; era un hombre de cuarenta años y de cabellera y barba entumescidas; por vez primera navegaba á las órdenes del capitán Félix Ballesta, y estaba apuntado en el rol bajo el nombre de Sebastián Pelayo.

Al extremo del pasadizo se encontraba el estrecho lugar que hacía las veces de calabozo.

El capitán se acercó á la puerta, y mientras la abría, singular expresión reflejóse en el semblante del marinero; con el siniestro puño cerrado, casi como

en guiso de amenaza, fijábanse al mismo tiempo sus ojos en el capitán, poseídos de extraña avidéz.

Don Félix entró en la prisión.

II.

Tomás, que estaba echado sobre una colchoneta, intentó incorporarse. El capitán le hizo seña de que no se moviese. Triste y abatido parecía estar el miserable; su jefe le contempló un momento con honda pena; poco después díjole de esta suerte:

—Supongo que la proximidad de las máquinas no te harán sentir el frío; he ordenado que te sirvan abundante alimento y cuanto puedas necesitar, que sea compatible con tu situación. ¿Te falta algo?

—Nada, capitán — balbuceó el preso.

—¿Has meditado, infeliz, acerca del extremo en que te ves? ¿Comprendes que estás perdido, pues los tribunales de marina te juzgarán severamente?

—Lo sé — murmuró el interpelado con voz sorda.

—¡Ah! en bien poco se conoce que estimas la libertad, que es el más preciado bien que posee el hombre, cuando no has temido que tu proceder pudiera arrebátártela para siempre.... ¿Qué esperas, desdichado? ¿Qué causas atenuantes pueden mitigar la severidad de la pena que tu crimen merece? ¿Callas? Escucha: quiero ser noble y generoso contigo.... ¡No deseo otra cosa! Para mí un criminal no es un sér aborrecible que es preciso reducir á la impotencia, sino un desgraciado que debe ser atraído á la senda del bien.... Aun puedes vivir libre y dichoso.

—¿De qué manera? — prorumpió con desesperanzado énfasis el contramaestre.

—Dame pruebas positivas de tu arrepentimiento: señala á tus cómplices, revela el nombre de quién eres, quizás con perfecta inconsciencia del caso, el instrumento ciego, fortuito, mercenario.... Hazme conocer los terribles propósitos de mi enemigo.... ¡adivino por demas quién es! Si sólo mi existencia peligrase en lucha tan tenaz, ni aun trataría de inquirir con qué armas piensa combatirme.... Pero llevo á mi cuidado más de doscientos hombres, y la pérdida de uno solo por causas ajenas á la navegación, constituirá para mi conciencia el más abrumador de los pesares. Tengo el deber ineludible de evitar á toda costa inocentes sacrificios, y ruégote por lo que más ames, que me descubras cuanto para obtener este honrado fin convenga.

Guardó silencio el capitán, esperando que aquel hombre diese alguna respuesta á sus nobles palabras;

pero en balde esperó. Con la cabeza inclinada sobre el pecho el contramaestre escuchaba sin oír, permitáenos esta especie de paradoja, no porque le impresionára terriblemente su poco halagüeño estado, sino porque, astuto y calculador á su manera, meditaba..... ¡Quién osaría predecir el órden de ideas que en aquel momento embargaba la atención del miserable!

Solapado é hipócrita, su aspecto era el de un hom-

bre que se siente abrumado, confundido por la acusación que se le arroja á la cara.

— Por más que lo pasado ya me afecte poco — continuó diciendo don Félix — deseo, sin embargo, en bien de la ciencia, averiguar si las variaciones que experimentó la brújula á 60 millas de las islas de Cabo Verde fueron debidos á un accidente natural, producto del ódio y la animadversión que me pesa-



Con el siniestro puño cerrado, casi como en guisa de amenaza.....

guen. Inclínome á creer lo último, por más que no acierte á comprender de qué extraña manera pudo realizarse aquel hecho..... ¡Habla desdichado! Tu suerte depende de mí: duré al olvido tu reprensible comportamiento; no recordaré que hace muchos años navegas en mis buques y me debes el pan que comes; abstendréme, pues, de denunciar tu conducta á las autoridades, y no caerá sobre tí el negro estigma del presidiario; de esta suerte hallarás embarque en otros puertos y continuarás, en la apariencia, siendo honrado, y tal vez dichoso si consigues arrancar de tu espíritu la envenenada saeta del remordimiento.....

Interrumpióse en este punto el capitán Ballesta más conmovido, ciertamente, que el hombre que delante de sí tenía. Este continuaba con la cabeza caída sobre el pecho, silencioso, pensativo, sin cesar levantar del suelo las miradas.

En el honrado semblante de don Félix se reflejaba la más viva conmiseración, compadecía al contramaestre juzgándole presa de agudos sufrimientos. Pasados algunos instantes le dijo:

— Inútiles son mis excitaciones para hacerte hablar. Tal vez no es este el momento oportuno; quizás te agobian mis recriminaciones; acaso no está del todo perdido en tí el sentimiento del deber. Si me

presunción es exacta, ¿cómo puedes ser feliz, Tomás, porque el arrepentimiento, sinceramente sentido, puede regenerarte. Piensa, medita acerca de tu situación, cuando te vuelva á ver muéstrate más propicio á mis deseos, en interés de tu conciencia y de tu futura suerte.

Así diciendo, fijó el capitán por un instante en aquel hombre sus ojos, llenos de melancolía, y después, pausadamente abandonó el estrecho camarote.

En los labios del contramaestre se dibujó una extraña sonrisa.

Cerró don Félix la puerta, y atravesando el pasadizo intradújose en la cámara de popa. Á su paso dirigió el marinero que custodiaba á Tomás oblicua mirada; su rostro estaba animado por la más enigmática expresión.

III.

Eran las altas horas de la noche. El *Baltasar Ballesta*, aferradas todas las velas, venía el viento del O., navegaba en esta dirección á media máquina. El mar y la brisa eran contrarios y le trabajaban bastante. Como en los días anteriores, seguía el rumbo de las naves inglesas, permaneciendo constantemente á su vista.

Todo parecía reposar á bordo de la goleta española. El oficial de cuarto era el joven piloto Dionisio Alvarez, quien, arrebuñado en su ancho capote, vigilaba la marcha del buque en la camareta de los timoneles.

Á instancias de la duquesa Clotilde y de don Raimundo Martorell habíase aquella noche entregado al sueño el capitán Ballesta, mediante solemne propósito, que hizo el segundo, de vigilar hasta el alba.

Don Raimundo que, como sabe el lector, era natural de Mallorca, y tenía en mucho á su paisano el primer maquinista. Aquella noche, ora fuese por soñar con él un párrafo en su dialecto natal, ó bien porque sus pascos sobre cubierta le hubiesen transmitido de frío, bajó á la máquina á ver al *compadre Pep*, que así solían llamar al maquinista á bordo de la goleta.

Departían amigablemente los dos paisanos en la camareta que ya conoce el lector, bebiendo sorbo á sorbo una copa de excelente anisado mallorquín, cuando pasó ante ellos un marinero, que venía á relevar, según dijo, al que custodiaba al preso.

El relevado, cubierta la cabeza con el capuchon de su capote, salió poco después. Apenas los dos mallorquines se fijaron en este detalle.

Posteriormente, algunos hombres del equipaje fueron reuniéndose en el puente.... Discurrían de un lado para otro como negros fantasmas, y hablábanse en voz baja, cual si se comunicasen reservadas noticias.

Aquel ir y venir, aquellos singulares conciliábulos tuvieron lugar por espacio de media hora.... Después, silenciosa y lentamente, fueron congregándose todos en la toldilla; su número pasaba de veinte.

De pronto se destacaron del grupo cuatro de aquellas sombras, y partieron á siluarse á la entrada de la cámara; otras tres se colocaron en la del departamen-

to de las máquinas; iguales números establecieronse cerca del rancho de proa y de la camareta de los timoneles, y el resto, ménos una que se quedó en la toldilla, se detuvo inmediato á la primera escotilla del puente.

Aquellos hombres estaban armados de revólvers y sables-machetes.

Profundo silencio y calma parecía reinar á bordo; sólo le interrumpían el murmullo de las olas, el silbido del viento entre la jarcia, y el acompasado rumor de la máquina.

Trascurrieron algunos instantes. Los hombres apostados en los lugares que indiqué permanecían mudos y quietos, aunque poseídos de cierta impaciencia....

¿Qué aguardaban en aquella actitud? Lo que no se hizo esperar mucho, como á continuación se verá.

De repente, el hombre que se había quedado en la toldilla llevó á su boca un silbato, y produjo en él por tres veces consecutivas agudos sonidos....

Sus compañeros contestaron á aquella señal con terribles gritos de muerte y venganza, y esgriniendo sus armas abalanzáronse....

¿Qué significaba todo aquello? Que á bordo del *Baltasar Ballesta* había estallado una sublevación; el frente de ella, evadido de su encierro, se hallaba el contramaestre Tomás. Él era el hombre que estaba sólo en la toldilla, y que hizo con el silbato la esperada señal.

CAPÍTULO XII.

SE APROXIMA EL VERANO.—DESAPARECÍO DE LA VISTA.—EN LA RATONERA.—EXPLORACIONES PARA ABRIR PASO.—EN CAMISÓ OTRA VEZ.

I.

El 3 de Diciembre, cuando los rosados resplandores del día empezaron á teñir gradualmente el horizonte, al E. de las regiones antárticas, el atrabiliario mister John Crossbow, que hasta entonces había navegado á media máquina, hacia el O., en la expectativa del rumbo que seguiría la embarcación española, prorrumpió de repente en uno de sus más característicos juramentos al notar que el buque enemigo, así llamaba él al del capitán Ballesta, no se encontraba á la vista.

En vano con un catalejo de gran alcance examinó toda la región del E.

El barco español había desaparecido durante la noche.

Los días aumentaban poco á poco su duración, como que se aproximaba con matemática regularidad el exiguo verano de aquellas latitudes. Antes de mucho el sol no llegaría á trasponer el horizonte, permaneciendo constantemente á la vista de los seres que viven en el polo austral.

Como preludio tal vez de la inmediata estación, ostentábase aquel día despejado el cielo, diáfano el ambiente, tranquilo el mar y ménos pálido el sol.

Gran número de albatroses y de físicas surcaban la atmósfera y la extensa planicie del Océano glacial con su poderoso vuelo; también bendigan las olas multitud de pingüinos, que buscaban en ellas su ali-

mento, y pululaban al par, jugueteando y persiguiéndose unas á otras en la líquida superficie, muchas ballenas francas.

En los primeros días del mes de Diciembre suelen empezar á aparearse aquellos cetáceos. La Naturaleza viviente de aquellas regiones polares parecía regocijarse y disponerse, con sus juegos y sus amores, á recibir dignamente la próxima estación vernal.

Hasta el oso blanco, su *majestad polar*, como le denominaba el doctor Poe, entreteníase de vez en cuando en arrojarse al mar con su familia desde algún bloque de hielo, y nadando vigorosamente hasta otro témpano, escalaba después su accidentada superficie para dormirse en ella, tendido al sol, exento de afanes y cuidados.

No podía, en verdad, decir lo mismo el capitán inglés.

II.

Violenta agitación pintábase en el rostro del gibraltareño.

Cuando permitió la luz del día apercibir distintamente todos los objetos, y convencióse John Crossbow de que la goleta española no estaba á la vista, no fué dueño de sí; creyóse burlado en su perspicacia.

Ciego de ira, ordenó virar de bordo, poner la proa al E., y que el primer maquinista aumentase el vapor de la máquina hasta un grado máximo: no contento con lo dicho, como soplabá ligero brisote del Oeste, dispuso también soltar al viento las tres cangrejas; el velacho y dos focos. La tibia, la impaciencia, consumíale por momentos.

Vertiginosa carrera emprendieron el *Great Britain* y el *Gibraltar* sobre las apénas movidas ondas del Océano.

Espesas nubes de humo brotaban de las chimeneas; las hélices batían con sus anchas paletas el mar; su movimiento era rápido, vigoroso, sostenido.

Desde el bauprés al coronamiento de popa retemblaban las embarcaciones como si experimentasen la impulsión tregidatoria de los temblores de tierra. El velamen, que representaba muchos metros de lana desplegada al viento, auxiliaba poderosamente el esfuerzo de las máquinas.

Los encendidos hornos despedían rojizos resplandores en el entrepuente, y en medio de aquella claridad fantástica bullían de un lado para otro las negras silnetas de los maquinistas y de los fogoneros.

Parecía como que algo del espíritu satánico de mister Crossbow animaba á los buques ingleses.

Nunca hasta entonces las procelosas mares del polo Sur habían sido surcados por nave alguna con tan vertiginoso ímpetu. Era una carrera loca, desatentada, sin precedente alguno en aquellas hiperbóreas latitudes.

Pero si las dos embarcaciones del Reino-Unido navegaban como si fueran seres poseídos de extraño vértigo, no era comparable su rapidez con la del pensamiento del capitán Crossbow, quien, animado de rara alucinación, sin darse cuenta del peligro á

que se esponía su buque, guiado sólo de su envidia y de sus rencores, gritaba constantemente:

— ¡Adelante, adelante! ¡Más presión, más fuerza; ¡Más carbon á las hornallas!

Y éstas henchíase de combustible, y escapábanse por las chimeneas, entre espesas nubes de humo, multitud de partículas incandescentes que se esparcían en el espacio; huía el vapor silbando con violencia por sus angostos orificios; la hélice aumentaba su automático movimiento, agitando con mayor ímpetu las gruesas aguas de aquellos mares, y la embarcación inglesa experimentaba por momentos más violentas sacudidas, como si en su seno llevase las fuerzas plutónicas que conmueven y agitan la débil corteza del esférico terrestre.

Sin embargo, nada bastaba á satisfacer las impaciencias del irritable gibraltareño, que repetía incesantemente:

— ¡Adelante, adelante! ¡Más vapor! ¡Más trapo al viento! ¡Más combustible á la máquina!

Su alucinación era la audacia del delirio, la efervescencia de la calentura.

Ciertamente que aquel terrible personaje tendía en los momentos á que aluda algo de grandioso y sublime, si más honrosas intenciones fueran la causa de su exaltación.

Y es de advertirse que no era John Crossbow de los hombres que arrostran el peligro con tanta indiferencia de sí propios; pero hay situaciones y accidentes en la vida humana, que hacen, en algunos casos, de Mucio Sevéola de la más pusilánime de las criaturas.

Ambiciones y antiguos odios obrando de consuno sobre el temperamento del nervioso y atrabalado inglés hacíale avanzar sobre el abismo con positiva indiferencia, y áun arrostrar toda suerte de penalidades, si esto le llevaba al fin que se proponía.

También recordará el discreto lector que el extático personaje á que me refiero tenía sus ribetes de misero y de avaro; pero en momentos en que su orgullo y sus pasiones le requerían tiraba la casa por la ventana, según suele decirse.

III.

Navegaron las embarcaciones británicas gran parte del día con rumbo al E., sin que les ocurriera cosa de notable más que un serio accidente que pudo tener fatales consecuencias para la que mandaba el capitán Crossbow.

Cuando éste vió desvanecerse en el espacio las visiones ópticas las tierras tras las cuales corría el nublado, y encontróse después, de manos á boca, no con otro hecho ilusorio, sino con la realidad misma, representada por el *Baltasar Ballista*, ciego, pues, por cólera por ambas contrariedades, viró de bordo y puso la proa al O., pero siguiendo el paralelo 66, era en el que entonces se encontraba.

Por el mismo paralelo avanzaba ahora en sentido contrario; y aconteció que, como á las dos de la tarde, el *Great-Britain* por huir de una inmensa mancha de hielo que, impulsada por alguna corriente submarina, corría sobre él en ángulo recto, se metió

en un pequeño archipiélago, si es que puedo decirlo así, de témpanos flotantes, esperando encontrar salida por en medio de ellos.

Libróse por el pronto del inmediato choque con el iceberg; pero, según dice el adagio, resultó el remedio tan malo como la enfermedad; la enorme montaña de hielo, que mediría cuarenta metros de altura por ochenta ó más de extensión, vino á obstruir en

absoluto el paso por el cual se aventuró la goleta al penetrar en el archipiélago.

No desaparecía, pues, para sus tripulantes el peligro; ántes bien hizo se más inminente, porque temieron que la enorme masa de nieve, llevando delante de sí los pequeños témpanos que al paso encontraba, cogiese y aplastase al buque.

Este, rodeado de hielos, no podía maniobrar con



Atrazaron las rocas con grandes píquetas para abrir los barrenos....

la rapidez y la precisión convenientes. Sin embargo, pronto la esperanza reanimó á los hijos de la poderosa Albion, aunque no tenían, en verdad, por qué regocijarse.

Habían observado que la montaña de hielo estaba detenida, y que los que supusieron témpanos flotantes no eran sino sirtes peligrosas que amenazaban destrozar la embarcación como no consiguiesen escapar de ellas.

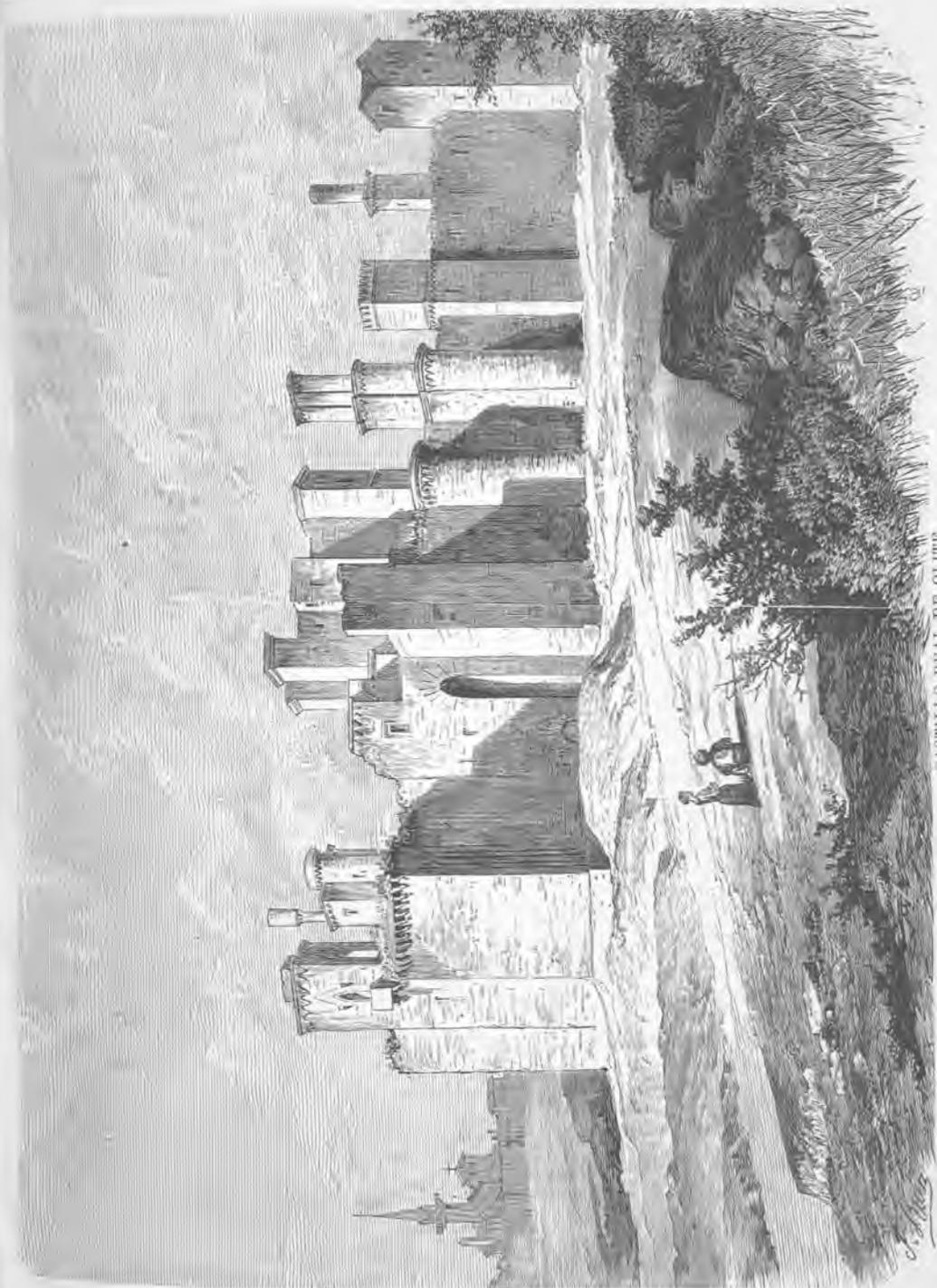
Multitud de escollos á flor de las aguas les rodeaban por todos lados. Cubiertos en su mayor número de espesas capas de hielos, dábales el movimiento de

las olas, vistos desde lejos, la apariencia de pequeños bloques que flotaban á merced del viento y de las corrientes.

El *Great-Britain* echó las anclas en veinte brazas de fondo; no tenía, en realidad, otra cosa mejor que hacer, porque desde el puentecillo no se divisaba paso alguno accesible á la manga del buque. Éste se había metido en una *ratonera*, como suele decir en semejantes casos la gente de mar.

Extendíanse los escollos en semicírculo al frente de la embarcación inglesa; pero tan unidos entre sí unos á otros, que, á cierta distancia al ménos, pare-





CASTILLO REAL DE OLITE.

C. P. H. 1854

cian cerrar toda salida, áun para barcos de más exiguo porte. El único punto practicable estaba obstruido por el *iceberg*.

IV.

Botóse al mar una chalupa, y se embarcaron en ella el primer piloto John Smith, el contramaestre William y seis marineros. Llevaban la misión de explorar los escollos que los rodeaban, por si existía entre ellos algun paso libre. Con la sonda en la mano y haciendo detenidas observaciones, dieron vuelta á la especie de cordón de rocas bajas, que casi en forma de herradura se extendía al rededor de la goleta.

Las investigaciones practicadas no dieron resultado alguno; enlazábanse los escollos unos á otros, en tal disposición, que parecían soldados por grandes masas de hielo.... Sólo hacia el N. se encontraba un paso de bastante anchura, pero completamente infranqueable, porque al exterior otra gran barrera de rocas cerraba aquel camino, suponiendo que se le pudiera seguir.

Después de repetidas exploraciones se decidió atacar con barrenos los bajos que se extendían al Este, porque eran de ménos altura; casi estaban á flor de agua, y después de arrancarles el casquete de hielo que los cubria, no era difícil empresa hacerlos saltar.

Á uno y otro lado aensaba la sonda una profundidad de diez á doce metros, lo que era suficiente para el calado del buque inglés.

Calcula ahora, lector mio, con tales contratiempos, cuán larga letanía de juramentos y blasfemias se escaparían de los maldicidos labios de Juan Ballesta. Aquel imprevisto accidente le sacaba de quicio; Verse encerrado en un círculo de hielos y compelido á forzada inacción por muchas horas, quando tanto urgía aprovechar aquellos preciosos instantes!....

Exasperáronle estas ideas á extremo tal, que no faltó á bordo quien temiese que su juicio se trastornase.

Lo cierto es que, dada la especial idiosincrasia de aquel hombre terrible, cuando no se le barrió entónces el sentido, hay que reconocer que su cerebro estaba sólidamente organizado.

Preciso fué pasar la noche al ancla en medio de aquel lago tranquilo, porque las aguas del mar encerradas entre los escollos apenas sufrían el movimiento del oleaje exterior.

Con su fienta habitual esperaron los ingleses la aparición del nuevo día. Considero inútil decir quién entre ellos estaría poseído de mayor impasencia y ansiedad. Apenas amaneció, y mientras el sol ascendía en el horizonte acompañado de su brillante cortejo de rosadas nubes, veinte hombres, al mando del escoce Jacob Mc. Nally, trasladáronse á los escollos situados al E. como antes dije.

Procedieron inmediatamente á arrancar la dura corteza de hielos que estaba adherida al islote; y después, despojándose de los chaquetones á fin de tener mas libres sus movimientos, atacaron las rocas con grandes piquetas para abrir los barrenos que debían facilitar el paso de la embarcación.

Componíase el islote de piedras basálticas y serpen-

tinas; las primeras afectaban su especial forma prismática, y las segundas su carácter verdoso manchado de negro, que las asemejaba á una piel de serpiente. Unas y otras procedían evidentemente de origen volcánico.

V.

Manejaban la piqueta con sin igual soltura, á las órdenes de su jefe, los marineros á quienes tal mismo se habia encomendado; todos eran robustos y de gran fuerza muscular.

Mediado apenas estaba el día quando se dieron por terminados los barrenos; eran en número de veinte; penetraban en la roca á bastante profundidad, y sólo faltaba que recibiesen su carga de dinamita, y se les aplicase la mecha que debía hacerles estallar.

Rellenóseles, pues, con cartuchos de aquella sustancia explosiva; se les enlazó después á una sola mecha para que la combustión se realizase lo más simultáneamente posible, y se prendió fuego á la misma por diferentes partes.

Los operadores se embarcaron en la chalupa, alejándose de aquel lugar á fuerza de remos. El *Great-Britain* estaba anclado á poco más de una milla del sitio en que iba á tener efecto la voladita.

Ésta llegó, al fin, con todas sus resonancias y peripecias. Las endurecidas rocas, desgarradas, rotas, divididas en menudos fragmentos, hendieron el espacio en todas direcciones; el resto se hundió en el mar formando á su alrededor vertiginoso remolino.

Algunos instantes después sólo se revelaban los efectos de la explosión por algunos trozos de rocas hendidas, dislocadas, que habían ido á parar á los islotes próximos, y por la comunicación que instantáneamente establecióse entre las aguas del mar y las que rodeaban los escollos.

El *Great-Britain*, levando anclas y disponiendo su aparejo, púose en aptitud de abandonar su reducida cárcel. El reconocimiento y sondeo practicados sobre las rocas sumergidas dieron á conocer que la cúspide de aquella cresta montañosa, en la parte atacada por los barrenos, habia descendido á seis brazas del nivel del mar, dejando practicable un canalizo, que mediría doce metros de anchura.

El vapor salía silbando de las válvulas que John Crossbow hizo cargar hasta el máximo, con el propósito de recuperar en lo posible el tiempo perdido. Todo estaba preparado; dada la señal de partir, la nave inglesa avanzó con gran lentitud; su hélice daba una vuelta cada veinte segundos.

No tardó en penetrar en el canalizo, y en salirlo felizmente en medio de los estruendosos hurraes de sus tripulantes. Después dejóse oír la atronadora voz de Juan Ballesta diciendo:

— ¡Rumbo al E., timonel! ¡ Más vapor, maquinista, aunque estallen las calderas!.... Por la Nueva Sion! ¡ Avante! ¡ siempre avante!

(Se continuará.)

NÁPOLES.

Nápoles es una de las ciudades más hermosas de Europa. Situada a orillas del golfo de su nombre, en la parte meridional de Italia, goza de un clima suavísimo y de un cielo despejado. Su población es de 494.000 habitantes. Sus calles, empedradas con lava del Vesubio; sus casas, entre las que sobresalen muchos palacios; su magnífico museo, donde se conservan una gran parte de los objetos procedentes de las ruinas de Pompeya; sus plazas, sus fuertes, sus paseos, todo ofrece un magnífico conjunto visto desde el mar. Sin duda por eso los italianos dicen: *Vedere Napoli è poi morire*.

No lejos de la ciudad está el célebre Vesubio, cuyas erupciones han causado tantas ruinas.

En Nápoles han nacido ó resido Horacio, Virgilio, Tito Livio, Séneca, Salvator Rosa, Boccaccio, etcétera, etcétera.

Eta ciudad conserva recuerdos de España. En la Edad Media la conquistaron los Reyes de Aragón á los franceses, y fué alternativamente tomada y recobrada por unos y otros. Los desastres que sobrevinieron á la extinción de la dinastía austriaca nos hicieron perder aquella preciosa joya. En tiempo de Felipe V los españoles la conquistaron de nuevo para un hijo de aquel monarca. En 1799, la revolución francesa la convirtió en capital de la república *Partenopea*. En 1805, Napoleón la volvió á dar el título de nombre de las Dos Sicilias, poniendo á su cabeza á su hermano José. Devuelta á los Borbones en 1815, después del breve reinado de Murat, fué, en Julio de 1820, teatro de una gran revolución, en que los napolitanos proclamaron la Constitución española. La intervención extranjera destruyó aquella Constitución, y volvió á ser sometido Nápoles al régimen absoluto hasta 1848. Entónces otra revolución obligó al rey á conservar las Cortes, que hicieron una Constitución, que fué abolida por el monarca al año siguiente, después de una lucha sangrienta. En 1860, la revolución triunfante en Sicilia derrotó á la monarquía de Francisco II de Borbon, pasando Nápoles á formar parte del reino de Italia.

CASTILLO REAL DE OLITE.

La fundación de este castillo data del primer tercio del siglo XV, y se debe á D. Carlos III de Navarra, llamado *el Noble*, el cual tuvo de ordinario en él su residencia.

Hoy día es difícil determinar precisamente la planta de esta obra, de la que sólo quedan en pie muros aislados, cubiertos de musgo y hiedra, torreones sueltos y algunos cimientos de fábrica derruida, que en ciertos puntos permite adivinar la primitiva construcción; pero que en otros desaparecen sin dejar huella ostensible entre los escuderos y las altas hierbas que crecen á grande altura en sus cegados fosos y en sus extensos y abandonados patios. Sin embargo, la vista

de aquellos gigantes y grandiosos restos impresionan profundamente, y por poca imaginación que se tenga, no puede ménos de ofrecerse á la memoria, al contemplarlos, la imagen de la caballeresca época en que se levantaron.

COSTUMBRES DE LOS ALDEANOS DE GALICIA.

LA MUÑEIRA.

El grabado que publicamos es la copia de un precioso lienzo, original del Sr. Fierro, que representa la diversion más característica de los campesinos de Galicia.

El *muñeira*, la *romería*, la *tasca*, la *faga* y la *foliada*, son las diversiones que ofrecen á los campesinos de Galicia continua ocasión de bailar el *contrapaso* ó la *muñeira*.

La *romería* es la fiesta principal con que se celebra el día de la virgen, patrona de una feligresía. Preside la fiesta, por riguroso turno, el matrimonio más antiguo del lugar.

La *tasca* es la reunión nocturna de varias familias amigas que concurren á la era durante el tiempo de la recolección del lino.

La *faga* es una reunión parecida á la *tasca*, y en la cual mozas y ancianas se entretienen hilando hasta que llega la hora del baile.

Por último, la *foliada* es la pequeña fiesta que celebran el domingo por la tarde los vecinos de cada caserío. Cuando el ganado ha vuelto ya de los pastos, mozos y mozas visten sus lujosos y pintorescos trajes de los días de fiesta, y se reúnen bajo los frondosos castaños del soto.

Este es el asunto que el Sr. Fierro ha elegido para su cuadro.

LA LIEBRE PROVIDENCIAL.

I.

Los que corren liebres á caballo se exponen á una multitud de perances.

Uno de ellos, y tal vez el menor, es que se deshoque el caballo en la fiebre de la carrera.

Esto le aconteció á Juanito de Sandoval; un segundón de casa noble y rica, á quien no se había hecho seguir ningún género de carrera, porque le bastaba con ser hijo del Marqués de los Atabalillos, y con correr liebres, que es una carrera tan buena como cualquiera otra y por la que se desvivía.

Empeñado en el seguimiento de un magnífico macho que con las orejas tendidas y el jopillo levantado parecía que tenía en cada pata las alas del huracán, según que volaba, Juanito se separó de sus compañeros de caza, se alejó como un rayo al traves de un sembrado, espoleando al valiente bicho, se le calentó á éste la boca, dominó el freno, y dejando de seguir á la liebre partió recto, lanzado, violento, verti-

ginoso hacía unas altas torrenteras, que cortaban en un horizonte accidentado el escueto paisaje de las lomas de Chamartín.

II.

Esto era á la caída de una tarde de Febrero.

De allá, de la parte de Madrid venía un nublado denso que amenazaba tempestad.

El sol se ponía entre ráfagas de fuego.

El viento era fuerte y extraordinariamente frío.

El campo aparecía de todo punto desierto, y no se veía ni un pueblo, ni una casa, ni aun una choza.

Y el caballo, cuya carrera parecía procer en velocidad, continuaba avanzando hacia las torrenteras.

Juanito iba muy ligeramente vestido; con casquete de fieltro, una casaca de grana á la moda, pantalón de punto y botas de montar: un elegantísimo traje de caza, pero muy poco á propósito para resistir al turbión que avanzaba con acompañamiento de truenos é iluminación de relámpagos.

III.

Al montar el caballo una colina, Juanito lanzó un grito de terror; el caballo, ciego en su desbocamiento, iba recto hacia el borde de un ancho barranco; Juanito, que era un gran jinete, que desmontaba sobre la carrera como un árabe, pretendió salvarse desmontando; pero era ya tarde: la violencia de la carrera del caballo era ya imponderable; llegó al borde del barranco y cayó.

Juanito no sintió nada; el espanto había paralizado su sentimiento y no había dejado en él más que una vida puramente animal; el fondo del barranco era pedregoso, y estaba á seis metros por lo ménos de profundidad; afortunadamente para él, el caballo que quedó muerto en el momento de la caída, había contrastado en gran manera la violencia del golpe, sin embargo de lo cual, Juanito sufrió una tal conmoción que perdió de todo punto el conocimiento.

Y allí quedaron á poca distancia el uno del otro, caballo y caballero, muerto el uno, accidentado el otro.

IV.

Sobrevino el crepúsculo, frío y lúgubre; se oscureció, cerró al fin la noche; el nublado que avanzaba rápidamente cubrió al fin el cielo, no dejando ver ni una estrella; el frío se hizo intenso; los truenos eran pavorosos; los relámpagos de una fuerza y de una lividez aterradoras, y en fin, el viento huracanado lanzaba de traves sobre el barranco una lluvia de tempestad semejante á una inmensa catarata, como si las nubes hubieran arrojado un océano sobre la tierra.

V.

No podía estar Juanito en un peligro mayor; muy pronto el largo barranco, recogiendo los arroyos caudales por la lluvia en las accidentaciones, debía convertirse en un torrente que le arrastraría, que le ahogaría; algunos momentos más y la carrera de aquel temerario corredor de lobos se hubiera detenido definitivamente.

De improviso, en el borde del otro lado del barranco, lució entre la oscuridad un pequeño punto luminoso que oscilaba á impulsos del ventarrón; á seguida un relámpago dejó ver una forma indecisa, informe; pasó el relámpago; desapareció la sombra vaga; quedó el punto luminoso, que descendió, que llegó al fondo del barranco, que se acercó; entonces pudo verse que aquella sombra era una mujer, y aquel punto rojo una luz contenida en un farol.

VI.

Esta mujer era alta, esbelta, y parecía fuerte y ágil.

Pero no podía juzgarse de si era hermosa ó fea, joven ó vieja.

Á más de una fahla corta que dejaba ver sus pies calzados con unos recios zapatos, la cubría una especie de anguarina burda, cuya capucha la cubría no sólo la cabeza, sino también el semblante, para resguardarle del azote de la lluvia; en el brazo derecho llevaba una gran cesta de traperos, y en la izquierda, pendiente del gancho, un farolito encendido.

Era, sin duda, una trapera que vivía fuera de Madrid y emprendía la marcha con tiempo para llegar sin cansarse á buena hora.

Por fortuna para Juanito, la trapera atravesó el barranco por el lugar donde yacían él y su caballo; si la trapera hubiera pasado un poco más arriba ó un poco más abajo, tal vez no los hubiera visto; pero no pudo dejar de verlos, y lanzó un grito ahogado, lo que significaba lo humanitario de su sentimiento; se acercó á Juanito y le bañó el semblante con la turbia luz de su farolillo: el agua corría sobre aquel semblante pálido, accidentado, convulsionado, y la luz producía en él brillos siniestros, reflejos pavorosos.

— ¡Oh Dios mío! — exclamó la mujer inclinándose rápidamente hacia Juanito.

Su voz era pastosa, mórbida, si se nos permite la frase, sonora, acentuada por un sentimiento poético, culta como la de una persona perfectamente educada, y aun si se quiere colocada en una alta esfera social; una voz, en fin, hechicera, distinguida, que hacía inverosímiles la presencia de aquella mujer en aquellos lugares, y su traje, su cesta y su gancho y su farolillo de traperos; á más de esto, al inclinarse hacia Juanito salió de debajo de la capucha un pesado rizo de cabellos sedosos y rubios como el oro, y como si esta singularidad no bastase, la mano que tenía el gancho que sostenía el farol era de una pequeñez y de una forma deliciosa, nacarada, bellísima; una verdadera mano de dama.

Aquella mano exhalaba un perfume de pureza, de esa pureza de la primera juventud que no se ha ensalado aún con las miserias de la vida.

Al redor de aquella criatura flotaba, como una atmosfera, una historia de todo punto extraña, con todo el prestigio incitador de un misterio.

No se podía perder tiempo; la corriente empezaba á crecer; la trapera arrojó su cesta, que la hubiera estorbado, y conservando su farol en la mano izquierda, rodeó su brazo derecho á la cintura de Juanito, y

ayudándose del izquierdo—sin perder el farol, levantó el cuerpo inerte con una facilidad que revelaba una gran fuerza, y cargándole sobre su hombro derecho, desandó su camino, trepó por un ágrío sendero al borde donde antes había aparecido, y una vez en lo alto, donde ya no había temor de que la corriente le arrastrase, le puso en tierra y lo examinó.

—¡Vive!—dijo con una vehemente alegría;— ¿pero quién sabe en qué estado se encuentra? Su caballo, desbocado sin duda, le ha arrojado consigo en el fondo del barranco; ¡la violencia del golpe! ¡la conmoción! ¡oh! ¡si yo no me hubiera decidido!.... ¡si no hubiera emprendido mi ida á Madrid!.... ¡la Providencia tal vez!.... ¡Parece enérgico, valiente!.... ¡oh! ¡si no fuera un hombre de honor y de valor, no me sería simpático! Á pesar de su accidente, la beldad y su no se qué de noble y generoso aparecen en su semblante, son su fisonomía.

No era aquella ocasión de entretenerse en largos monólogos.

La tormenta arreciaba.

Á más de esto la situación del accidentado era penitencia.

Daba además señales de volver en sí.

Tal vez contribuían á rebajarle la frialdad del viento y la lluvia que le empapaba completamente; aquella extraña trapería le levantó de nuevo, y cargándole sobre su hombro derecho, se puso en marcha con paso firme y rápido por un estrecho sendero, por una especie de camino vecinal.

Algunos minutos despues llegaba á una tapia, á un postigo; los relámpagos que lucían con frecuencia dejaban ver sobre aquella tapia grandes árboles, y entre ellos una casita blanca, una especie de hotel campestre.

La trapería tocó un botón; allá á lo lejos sonó inmediatamente, casi perdido entre los zumbidos del viento y el rumor monótono de la lluvia, el rápido repique de un timbre eléctrico.

A poco una voz displicente dijo detras del postigo:

—¿Quién es?

Voz gruesa de criado á quien sabe muy mal le hagan ponerse al viento, al frío y á la lluvia para acudir á un llamamiento inoportuno.

—Abra al momento, Miguel—dijo la trapería.

—(¿Cómo! ¿es vuecencia, señorita?—dijo el doméstico cambiando completamente de tono.

—¡Pero no, no abras!—añadió su excelencia;— díle á Lucía que venga.

—Lucía se ha acostado.

—Que se levante al momento; ¡no abras te digo! no quiero que me veas.

—¡Muy bien, señorita!—dijo el criado.

Y se retiró murmurando:

—¿Pues no decía Lucía que la señorita se había resucitado á causa de.... los nervios? ¡Los nervios! ¡ah! ¡los nervios!.... ¿Por qué está fuera, por qué no quiere que yo la vea? ¡Cómo si yo no fuera de confianza!— ¡tan de confianza como Lucía!.... ¡Ah! ¡las aventuras! ¡las señoritas de hoy! ¡Si resucitara la señora!.... ¡si el señor no estuviera loco!....

Miguel á este tiempo había entrado en la casa por

un peristilo, y había llegado á una puerta en el piso bajo.

Había llamado.

—Señorita Lucía—dijo—su excelencia llama á usted.

—¿Que me llami su excelencia?—contestó con extrañeza una voz joven y argentina.

—Sí; está.... pero acérquese usted, ó más bien abra usted para que yo se lo diga en voz baja.

La puerta se entreabrió con una precaución de todo punto elocuente.

Lucía tenía sus razones para ponerse en guardia respecto á Miguel, que era un viejo libertino que, á pesar de sus cincuenta, aún no había prescindido de hacer la corte á las muchachas.

—Su excelencia—dijo Miguel—aunque yo no acierto cómo pueda ser esto, está junto al postigo del jardín por la parte de afuera; esto es extraño, muy extraño.... pero, en fin, en los hermosos tiempos en que vivimos, las cosas extrañas y aún estupendas é inauditas saltan por todas partes; la señorita no quiere que yo la vea; con que tome usted la llave y acuda cuanto antes: llueve á torrentes.

—Una palabra, señor Miguel: si V., que ha nacido en la casa, no quiere ser despedido, un profundo secreto.... hay graves razones.

—¡Pues como un muerto, señorita Lucía!

—Quítese V. de en medio.

—Pues por supuesto.

—Venga la llave.

—Tome usted.

Lucía escapó hácia el jardín.

Miguel se retiró á la portería principal, contento porque había cogido el hilo de una historia importantísima sin duda, y que probablemente podría ser inmediatamente explotada.

Con lo que más engordan los criados es con las debilidades, con las miserias y con los secretos de sus amos.

VII.

Lucía llegó desolada al postigo y le abrió.

—¡Ah!—dijo—no habíamos contado con la tormenta.

—No es la tormenta la que me ha hecho volver—dijo su excelencia;—yo la hubiera arrostrado: una aventura, una casualidad providencial; ayúdame á trasladar este joven.

—¡Un joven!

—Sí; le he encontrado accidentado en el barranco al lado de su caballo muerto; pero no perdamos el tiempo, necesita ser socorrido; ¿pueden vernos?

—No, señora.

—Sin embargo, por precaución apagaré el farol; tómalo, cierra el postigo, ayúdame.

La señora y su doncella asieron entonces al desmayado, y atravesando el jardín le llevaron á un pebellón del hotel.

Lucía abrió una puerta de cristales.

Juanito fué conducido por un recibimiento y por un salón á un precioso dormitorio en que había un lecho virginal.



LA MUÑEIRA.

(CUADRO DEL SEÑOR PIERRO.)

Un hecho blanco y azul.
Pusieron á Juanito en un sillón junto á la chimenea (que estaba encendida).

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

DON JUAN DE AUSTRIA.

Nació en Batisbona (Alemania) el año de 1546, y debió el ser al emperador Carlos V y á una señora noble de aquel país, llamada Barbara Bloemberg. Á la muerte del Emperador vino D. Juan de Austria á España, de pocos años, y fue recibido por su hermano Felipe II con singulares muestras de aprecio. Pensose en destinárle á la carrera de la Iglesia; pero su carácter ó inclinación hicieron desistir de esta idea, y entregado á otra clase de estudios llegó á ser uno de los mas apuestos caballeros en justas y torneos.

Los corsarios berberiscos y turcos infestaban los mares de Levante; nombrásele almirante general, y haciéndose á la vela en Cartagena con 33 galeras, limpió los mares de piratas y regresó victorioso á la corte.

Por aquel tiempo, mal contentos los moros que, después de la rendición de Granada, habían quedado en España, se rebelaron acudidos por D. Fernando de Valor, jóven de grandes cualidades, al que almirante rey con el nombre de Aben-Humeya. Fueron derrotados en varios encuentros y batallas por los Marqueses de Vélez y de Mondéjar; pero se refugieron y venían al país en completa alianza. Entonces fué cuando Felipe II envió á D. Juan, jóven de veintitres años, á hacerse cargo de todos los negocios de la guerra.

Los moros se habían fortificado en el fuerte de Galem. En el primer asalto, los cristianos fueron rechazados. En el segundo, fué tomado el pueblo y pasado á cuchillo sus defensores.

Venía á los moros en repetidos encuentros y se firmaron las paces con gran satisfacción del Rey.

Los turcos, mandados por Selim II, con una armada de 200 buques, tomaron á Nicosia en la isla de Chipre, y llegó á Famagorta.

Los venecianos, despojados de Chipre, aprestaron una armada, y en unión con el Papa acudieron al Rey de España para que, aliados, acometiesen las tres naciones la gran empresa de destruir á los turcos.

Se ajustó un tratado entre las tres naciones; aprestáronse tres armadas, que se reunieron en Mesina en Agosto de 1571. Mandaba la veneciana el famoso Andrea Doria; la del Pontífice, Juan Antonio Colonna, y la española, D. Juan de Austria, que mandaba un jefe. Se componía nuestra escuadra de 80 galeras y 22 navíos, en los que iban 22.000 soldados de infantería.

Componíase la armada del turco, al mando del almirante Ali, de 225 galeras reales, 60 galeotas y otros buques menores, con 50.000 hombres de combate. La de la Liga contaba 203 galeras reales y seis galeazas, en las que venían 8.000 españoles, 11.000 italianos y 3.000 albaneses.

El 7 de Octubre de dicho año se avistaron unos y otros en el golfo de Lepanto. La línea de los cristianos, compuesta de 160 galeras de frente, estaba mandada por Doria, Barbarigo y D. Juan de Austria. La retaguardia, compuesta de 50 galeras, estaba á las órdenes de D. Alvaro de Bazar, marqués de Santa Cruz. Dispuso el turco la suya en forma de media luna.

Reconoció D. Juan toda su línea en un esquite,

animando á los soldados, que le recibían con aclamaciones. Seguidamente se dió la señal de ataque, que fué poribado, tenaz y sangriento. La capitana turca, auxiliada de siete galeras, atacó á la cristiana, en cuyo socorro acudió Santa Cruz con otras siete.

La capitana de D. Juan, más feliz en una maniobra, llegó á la turca al abordaje, y los españoles, mandados por D. Lope de Figueroa, D. Bernardino de Cárdenas y D. Miguel de Moncada, destruyeron cuanto se les pone por delante. Allí corre furioso, animando á los suyos, hasta que creó número de un arcabuzazo. Entonces los españoles echaron abajo el estandarte real turco, ensacholando en su lugar la cruz; cortaron la cabeza á Ali, levantándola en una pica, y embistiendo con furia á las demas galeras, las destruyeron y echan á pié en pocas horas, quedando la victoria por D. Juan de Austria.

Quedaron en poder del vencedor 170 galeras reales y 20 galeotas. Murieron 30.000 enemigos, se hicieron 10.000 prisioneros y se dió libertad á 15.000 cautivos y esclavos de varias naciones.

Entre las varias personas de calidad que pelearon en la armada de la Liga, merece citarse el inmortal Cervantes, que peleó de simple soldado, recibiendo dos arcabuzazos en el pecho y otro en una mano, que le dejó manco.

Hasta 1573 no se ofreció á D. Juan ocasión de conquistar nuevos laureles.

Pasó con una fuerte armada á las costas de África y conquistó la plaza de Túnez y el fuerte de la Goleta.

Poco después fué enviado á Flandes en remplazo de D. Luis de Bequesens.

Aquellos Estados, sometidos á la obediencia del Rey de España, no recibieron á D. Juan sino después de hacer salir á todos los soldados españoles.

Apénas D. Juan de Austria se encargó del Gobierno, comenzaron los descontentos á órdir tramas, á desprestigiar su autoridad y promover revueltas que no podían ser castigadas. Viendo, pues, amenazada su vida, salió de Bruselas, dirigiéndose á Namur, y se hizo fuerte en su castillo con algunos soldados. Esta fué la señal del rompimiento; los Estados de Flandes, reunidos en Bruselas, nombraron gobernador al archiducado Mathias. Entre tanto, las tropas españolas que habían salido de Flandes recibieron orden de regresar.

Don Juan dió órdenes para marchar contra los descontentos, al propio tiempo que Góngy, general del ejército enemigo, venía ya á su encuentro. Tuvo éste lugar en Gombours. Colocose D. Juan al frente del cuerpo principal, llevando á su lado á Alejandro Farnesio.

En el estandarte de D. Juan se leía en una cruz: *Con esta señal vencí á los turcos; con esta venceré á los herejes.*

Comenzaban los enemigos por un terreno fangoso, y don Juan dió orden á Farnesio para que los atacara; desordenados los primeros cuerpos, retrocedieron, poniendo en confusión al centro y retaguardia; generalizado el ataque, fueron envueltos por los españoles casi sin haberse podido defender. Pero la guerra continuó, sin embargo, más encarnizada, y como los socorros que recibía de España no eran suficientes para la pacificación de aquellos países, pidió repetidas veces al Rey la relevase del mando. Vanos fueron sus ruegos. Esta contrariedad y los afanes propios de una guerra sin tregua ni descanso, le postraron en el lecho y espiró junto á Namur el 1.º de Octubre de 1578.

Cumpliendo el Rey con los deseos que D. Juan había manifestado al morir, hizo trasladar su cadáver á Madrid, y luego al monasterio del Escorial, colocándole en el panteón de los Infantes, donde hoy descansa.



DON JUAN DE AUSTRIA.

JERoglÍFICO.



La solución en el número próximo.

ANÉCDOTA.

El señor de Tallart había asesinado á Juan Desmarest; el abuelo de éste se echó á los piés del Rey pidiéndole justicia.

—Alzaos —le dijo Francisco I; — para pedirme justicia no hay que hincar la rodilla, es un derecho que debo á todos mis súbditos; pase si tratascis de pedirme una gracia.

Solución á la charada del número anterior.

BUFETE.

SUMARIO.

GRABADOS.—Vista de Nápoles.—Castillo Real de Ollte.—La Muñeira, cuadro de Fferra.—Don Juan de Austria.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.—Jeroglífico.
 TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El Tigre blanco, Luis Bonssnard.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—Nápoles.—Castillo Real de Ollte.—La Muñeira.—La fiebre providencial, por D. Manuel Fernández y González.—Don Juan de Austria.—Anécdota.—Solución á la charada.

MADRID, 1884.—Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneyra.
 IMPRESORES DE LA REAL CASA.